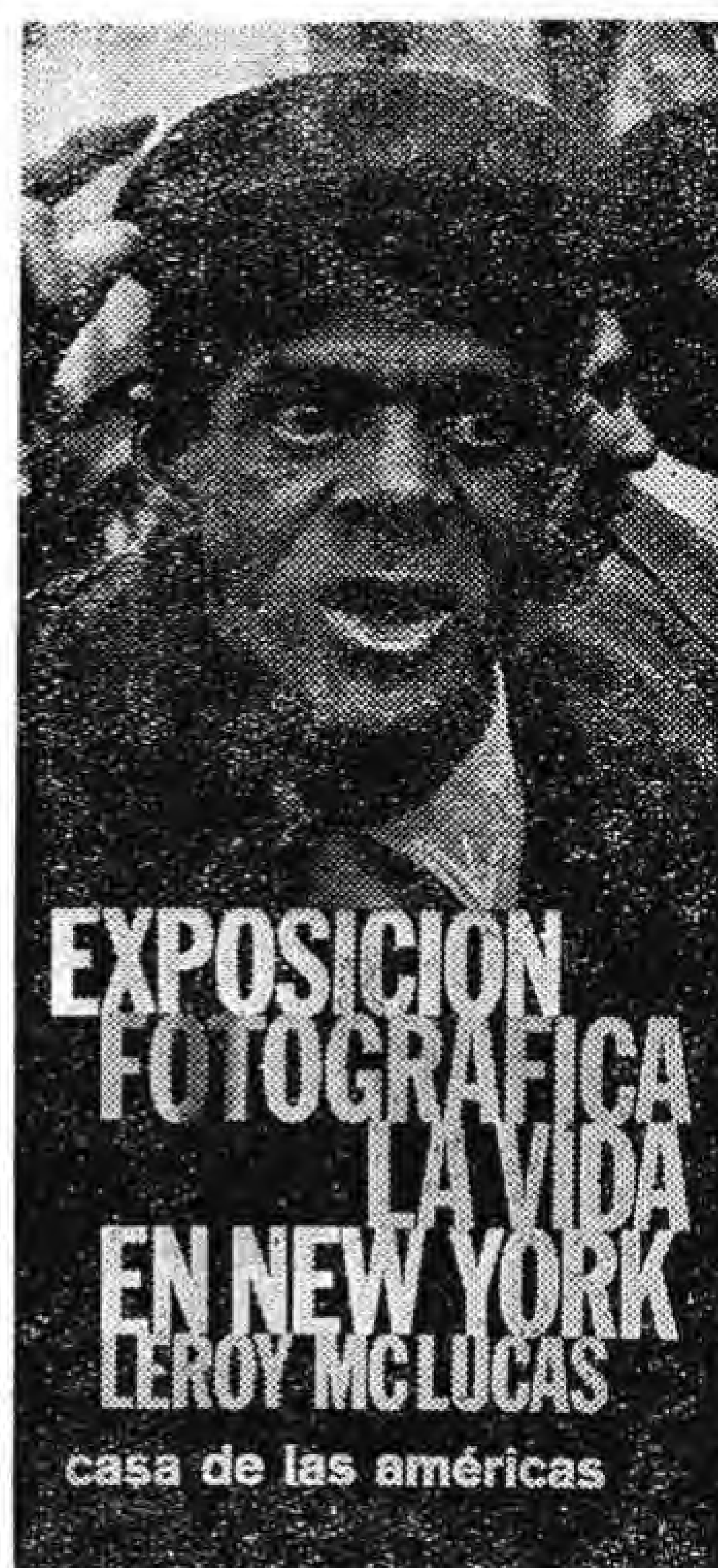
1 2 3 4 5 7 6 5 0 8 9

los 10 MEJORES LIBROS CUBANOS

LUNES DE REVOLUCION



- *director: guillermo cabrera infante*
- *sub-director: pablo armando fernández*
- *director artístico: raúl martínez*
- *No. 126. octubre 9 de 1961*

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0

los 10 MEJORES LIBROS CUBANOS

LUNES DE REVOLUCION



La literatura se demuestra con los libros, que son su movimiento. Una pasada encuesta de "Lunes" ("¿Qué libros salvaría usted?", "Lunes", número 66) servía, quizás, para medir la erudición —o su ausencia— entre los interrogados. También sirvió para otras cosas, todas enumerables:

1) Había quien mostraba preferencia por la preferencia

2) Hubo quien encontró importante la importancia

3) Hubo caprichos, hábitos, amores decisivos

4) Muchos libros mencionados —"Michel Kolnas", por ejemplo— se agotaron en las librerías

5) Hubo gente molesta.

Esta vez esta encuesta tal vez será más útil. Servirá a los estudiantes para comprobar sus conocimientos en la literatura de su país. Los recién alfabetizados podrán encontrar diez libros útiles, amenos o importantes que leer además de los ejercicios habituales. Los autores cubanos se verán reconocidos por aquellos a quienes a menudo ve como los negadores de su obra: los autores cubanos. Finalmente, se podrá decir desde ahora que existe una literatura cubana, no sólo porque hay diez libros dónde escoger, sino porque podría también haber veinte, treinta, etcétera.

Los iniciadores de esta moda —los franceses, a principio de siglo— aclararon, muy a tiempo, que estas encuestas servían también... para nada.

"Lunes" da las gracias a todos los interrogados. A los que respondieron las da dobles.

JUAN MARINELLO

Hace 30 años preguntó Félix Lizaso, desde la Revista **Cervantes**, cuáles eran los diez mejores libros cubanos. Se me hizo el honor de incluirme entre los consultados. Ahora me lo hacen los jóvenes escritores de LUNES DE REVOLUCION. La misma pregunta, separada por seis lustros, pone a prueba la firmeza de mis criterios y el acierto de la selección.

Una cosa que dije entonces ha de ser sostenida hoy. Afirmé que Cuba es tierra de escritores, no de libros, Con lo que quise decir, y reitero ahora, que hemos contado desde que tenemos conciencia de nación con cultura y sensibilidad singulares derramadas en el artículo, el ensayo, el poema y el discurso, más que en el libro. Sigo creyendo, como hace treinta años, que tuvo razón Pedro Henríquez Ureña al afirmar que el ideal de justicia está sobre el ideal de cultura, por lo que no hay que lamentar demasiado el caso. Lo cierto es que una pupila extranjera nos juzgaría mal a través del conocimiento de diez libros seleccionados como los mejores. Detrás de la lista infiel, quedaría un mundo de pensamiento y de sensibilidad que no puede penetrarse sino por el que estudie nuestro camino de pueblo y la calidad de sus hombres letrados.

En Abril de 1932 hice la selección siguiente:

1.— Un volumen de lo que luzca en Martí, con sus dotes inigualadas de escritor, su estatura humana.

2.— Un libro con los mejores poemas de José María Heredia.

3.— Un tomo con lo mejor de la Avellaneda, prefiriendo su obra dramática, lo más eminente sin duda en nuestra producción teatral.

4.—Un volumen con poemas de Luaces, Milanés, Plácido, Zenea y Casal, como líricos de valor permanente, representativos, además, de momentos culminantes en nuestro proceso literario.

5.— Una selección de los más agudos estudios políticos de José Antonio Saco.

6.— **Cecilia Valdés**, como nuestra mejor novela y porque muestra, además, las entrañas de nuestra vida colonial española.

7.— **José de la Luz y Caballero**, por Manuel Sanguily, porque entrega la vida de un hombre arquetípico que, como Varela, es superior a su obra escrita.

8.— **El Romanticismo en España**, de Enrique Piñeyro, como modelo de ensayo crítico.

9.— Una compilación de los mejores ensayos de Varona sobre problemas cubanos.

10.— **Azúcar y Población en las Antillas**, como libro en que, aun resolviéndose desacertadamente nuestro problema colonial, se explana con técnica magistral la realidad económica de Cuba.

A tanta distancia de tiempo, cambiaría calificativos, pero haría limitadas correcciones a mi escogimiento. Incluiría al Padre Varela, por la fuerza de su pensamiento progresista, aunque no sea expositor sugestivo. Añadiría las mejores páginas de Justo de Lara y retiraría del número 4 los nombres de Luaces y Milanés.

Una pregunta surgirá de inmediato: ¿y en 30 años no se ha publicado en Cuba libro que "desbanque" a alguno de los insertos en la comprometida selección? Desde luego que sí, y bastaría mentar a cuentistas y poetas de estatura histórica. Pero, de entrar en nuestra producción contemporánea, se hubiera impuesto un dilatado estudio para explicar preferencias y relieves y, cosa más grave, nuestros más considerables creadores —en lo que va de República—, están vivos y produciendo. No quiere decir esto que temamos enjuiciar a nuestro vecino; hacerlo con justicia requeriría una meditación y un espacio que no me agradecerían ni los jóvenes que hacen LUNES DE REVOLUCION, ni sus lectores.

4 de Octubre, 61.

LUIS AGÜERO

Esta encuesta, como todas las encuestas, resulta un tanto arbitraria. Es lógico entonces que la selección sea un tanto arbitraria también.

Yo he escogido los diez libros cubanos que más me gustan (creo que así debió hacerse la pregunta: "¿Cuáles son los diez libros cubanos que más le interesan?"). No me ha llevado mucho tiempo confeccionarla: uno siempre tiene presente los libros que salvaría en caso de "que entrara la polilla en su biblioteca". A mí me interesan, particularmente, el cuento y la novela. He aquí mi selección:

Obras Completas.— José Martí.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Mi Tío el Empleado.— Ramón Meza.
El Acoso.— Alejo Carpentier.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
El Otro Cayo.— Lino Novás Calvo.
Así en la Paz Como en la Guerra.— Guillermo Cabrera Infante.
Obra Poética.— Emilio Ballagas.
La Paloma de Vuelo Popular.— Nicolás Guillén.
La Seiba.— Oscar Hurtado.

JOSE ARDEVOL

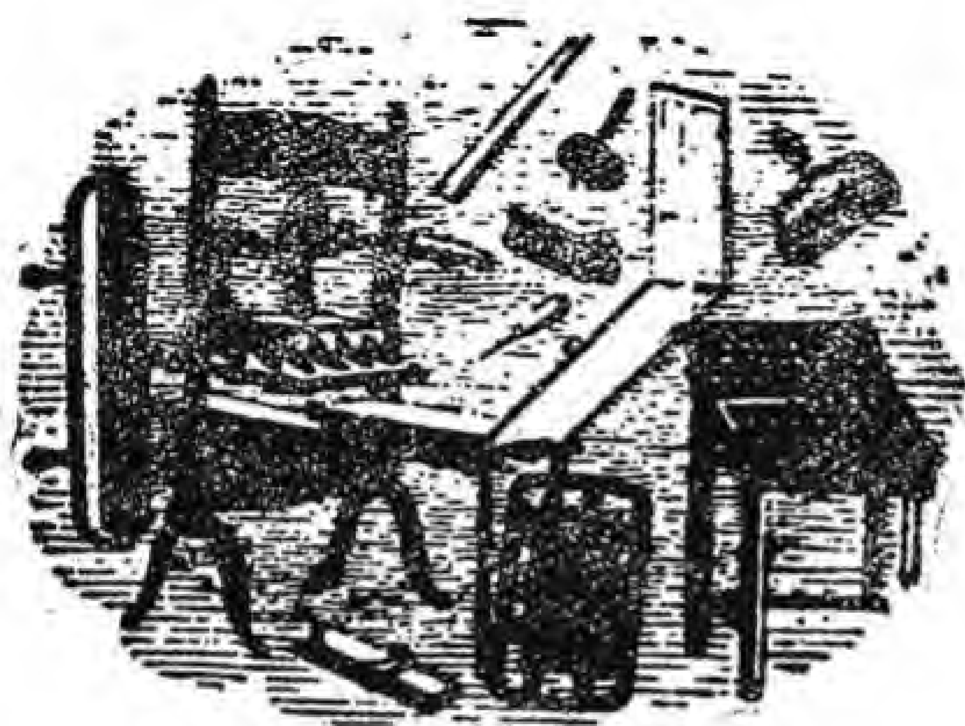
Obras Completas.— José Martí.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar.— Fernando Ortiz.
Historia de la Esclavitud.— J. A. Saco.
La Música en Cuba.— Alejo Carpentier.
Cuba y su Evolución Colonial.— Francisco Figueras.
Cuba no Debe su Independencia a los E.U.— E. Roig de Leuchsenring.
Guatemala Nuestra.— Juan Marinello.
Pluma en Ristre.— Pablo de la Torriente Brau.
Geografía de Cuba.— A. Núñez Jiménez.

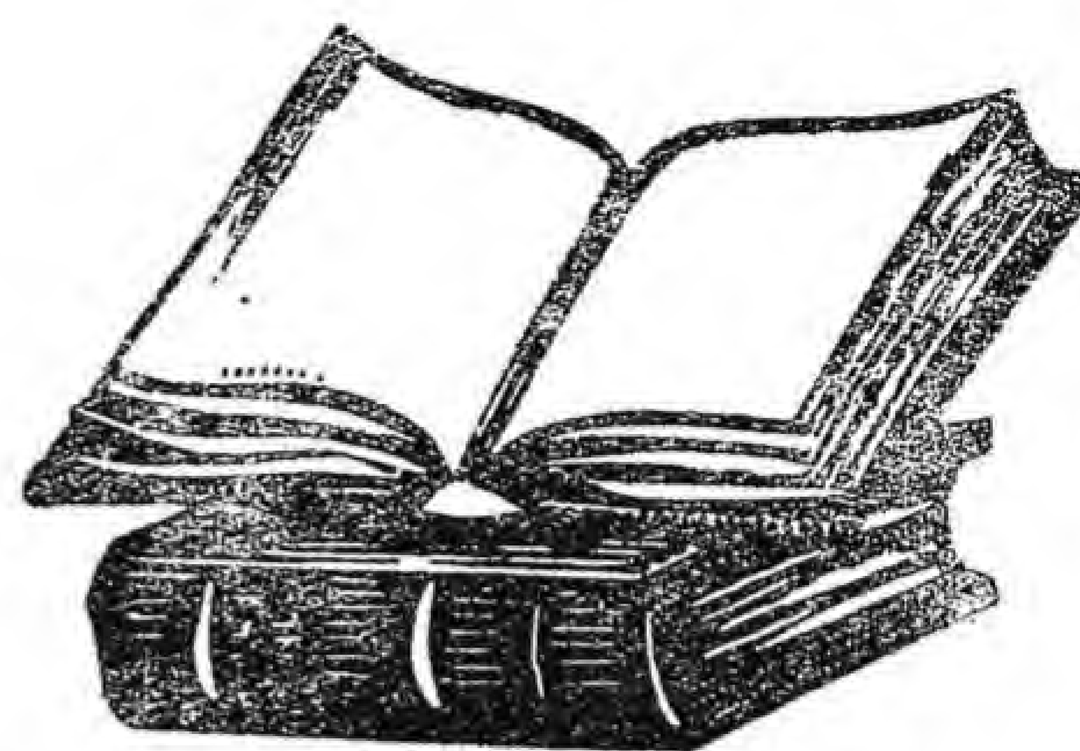
HUMBERTO ARENAL

Obras Completas.— José Martí.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
La Luna Nona.— Lino Novás Calvo.
Las Impuras.— Miguel de Carrión.
Aire Frío.— Virgilio Piñera.
La Sangre Hambrienta.— Enrique Labrador Ruiz.
Hombres Sin Mujer.— Carlos Montenegro.
La Seiba.— Oscar Hurtado.
El Reino de Este Mundo.— Alejo Carpentier.

ANTON ARRUFAT

Mi Tío el Empleado.— Ramón Meza.
Excursión a Vueltabajo.— Cirilo Villaverde.
El Negrero.— Lino Novás Calvo.
Hombres Sin Mujer.— Carlos Montenegro.
Enemigo Rumor.— José Lezama Lima.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
Sabor Eterno.— Emilio Ballagas.
Historia de una Pelea Cubana Contra los Demonios.— Fernando Ortiz.
La Guerra del Tiempo.— Alejo Carpentier.
Cantos de la Tarde.— Juan Clemente Zenea.





ROSARIO ANTUÑA

Diarios. Versos Libres. Discursos políticos.— José Martí.
Elegía a Jesús Menéndez.— Nicolás Guillén.
En la Calzada de Jesús del Monte.— Eliseo Diego.
Diario de Campaña.— Máximo Gómez.
Discursos y conferencias.— Manuel Sanguily.
Cartas a Elpidio.— Félix Varela.
El Monte.— Lydia Cabrera.
Los Bailes y el Teatro de los Negros en el Folklore de Cuba.— Fernando Ortiz.
Poetas Famosos del Siglo XIX.— Enrique Piñeyro.
La Poesía Contemporánea en Cuba.— Roberto Fernández Retamar.

GUILLERMO CABRERA INFANTE

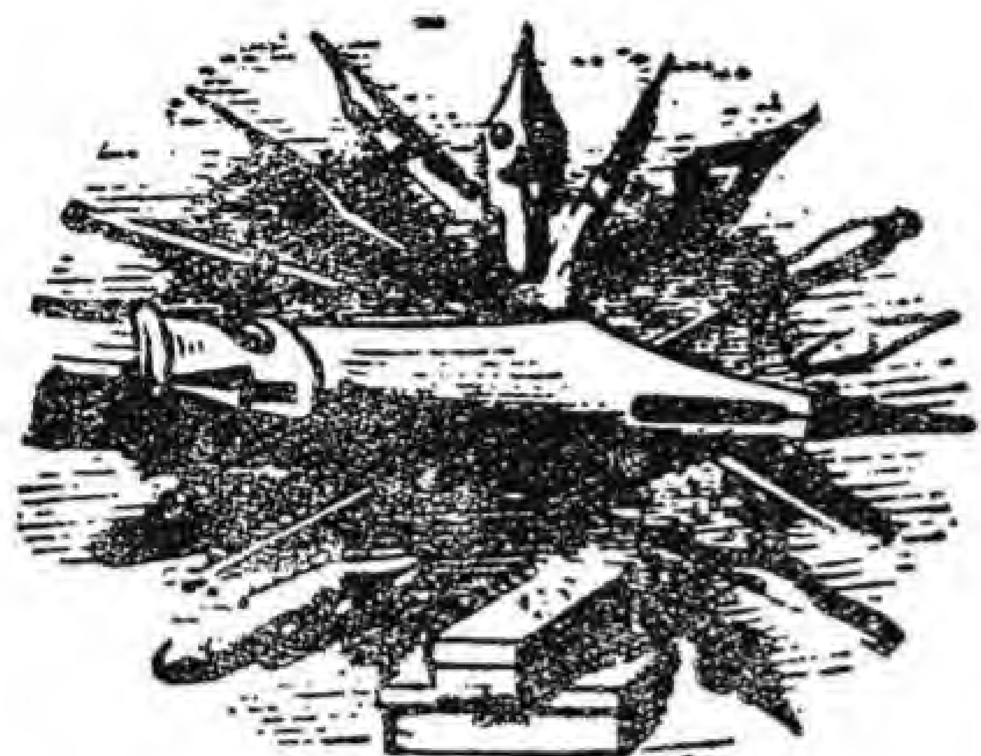
Diario.— José Martí.
Las Impuras.— Miguel de Carrión.
Hombres sin Mujer.— Carlos Montenegro.
El Monte.— Lydia Cabrera.
La Luna Nona.— Lino Novás Calvo.
La Sangre Hambrienta.— Enrique Labrador Ruiz.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
El Acoso.— Alejo Carpentier.
El Cuentero.— Onelio Jorge Cardoso.
Cuentos Populares Cubanos.— Samuel Feijóo.

WALTERIO CARBONELL

Obras Completas.— José Martí.
Discursos.— Fidel Castro.
Cuba no Debe su Independencia a los Estados Unidos.— Roig de Leuchsenring.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
La Búsqueda.— Jaime Sarusky.
Los Instrumentos de la Música Afro-Cubana.— Fernando Ortiz.
Así en la Paz como en la Guerra.— Guillermo Cabrera Infante.
Azúcar y Población.— Ramiro Guerra.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Azúcar y Abolición.— Cepero Bonilla.

ALEJO CARPENTIER

Obras Completas.— José Martí.
Sóngoro Cosongo.— Nicolás Guillén.
Las Impuras.— Miguel de Carrión.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Mi Tío el Empleado.— Ramón Meza.
Los Bailes y el Teatro de los Negros en el Folklore de Cuba.— Fernando Ortiz.
La Expresión Americana.— Lezama Lima.
Decimistas Cubanos.— Samuel Feijóo.
El Cuentero.— Onelio Jorge Cardoso.
Cuentos Negros de Cuba.— Lydia Cabrera.
La Calzada de Jesús del Monte.— Eliseo Diego.
Poesías Completas.— Heredia.



EDMUNDO DESNOES

Ensayo Político Sobre la Isla de Cuba.— Alejandro de Humboldt.
Cartas a Elpidio.— Félix Varela.
Francisco.— Anselmo Sánchez y Romero.
Guerra de los Diez Años.— Ramiro Guerra y Sánchez.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Poesías y Diario.— José Martí.
Contrapunteo Cubano del Azúcar y el Tabaco.— Fernando Ortiz.
El Monte.— Lydia Cabrera.
West Indies Ltd.— Nicolás Guillén.
Guerra del Tiempo.— Alejo Carpentier.
Hombres Sin Mujer.— Carlos Montenegro.
Aire Frío.— Virgilio Piñera.
La Historia me Absolverá y Discurso Ante la ONU.— Fidel Castro.

MANUEL DIAZ MARTINEZ

Algunos de los libros cubanos que más me interesan:
Obras Completas.— José Martí.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Tradiciones Cubanas.— Alvaro de la Iglesia.
Nosotros.— Regino Pedroso.
La Tierra Herida.— Manuel Navarro Luna.
West Indies Ltd.— Nicolás Guillén.
Los Fundamentos del Socialismo en Cuba.— Blas Roca.
Martí.— Manuel Isidro Méndez.
Ensayos Martianos.— Juan Marinello.
Las Crónicas.— Félix Pita Rodríguez.
Los Valedontes.— Alcides Iznaga.
Obras Completas.— Rolando T. Escardó.

PABLO ARMANDO FERNANDEZ

Obras Completas.— José Martí.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
Enemigo Rumor.— José Lezama Lima.
Obra Poética.— Emilio Ballagas.
Cincuenta Años de Poesía Cubana.— Cintio Vitier.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
La Sangre Hambrienta.— Enrique Labrador Ruiz.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
El Monte.— Lydia Cabrera.
Así en la Paz Como en la Guerra.— Guillermo Cabrera Infante.

Creo que todo poeta trabaja para un solo libro. Creo que libros como "La Calzada de Jesús del Monte" *de Eliseo Diego,* "La Seiba" *de Oscar Hurtado,* "La Búsqueda" *de Jaime Sarusky,* "El Cuentero" *de Onelio Jorge Cardoso y* "Los Párpados y el Polvo" *de Fayad Jamis son libros de justa importancia.*

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Poesías.— José María Heredia.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Historia de la Esclavitud.— José Antonio Saco.
Obras Completas.— José Martí.
De la Colonia a la República.— Enrique José Varona.
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar.— Fernando Ortiz.
Azúcar y Población en las Antillas.— Ramiro Guerra.
Cincuenta Años de Poesía en Cuba.— Cintio Vitier.
La Historia me Absolverá y Otros Discursos.— Fidel Castro.
La Guerra de Guerrillas.— Ernesto Che Guevara.

La heterogeneidad de lo escogido se debe a que no se ha precisado que se trate sólo de libros literarios, históricos, etc.: todo al parecer debe ir mezclado. Por otra parte se habla de importancia: *¿de qué orden, estética, política, etc.? Si se tratara sólo de obras literarias, por ejemplo, habría incluído* Los pasos perdidos, *de Carpentier,* El son entero, *de Guillén,* Enemigo rumor *de Lezama,* En la calzada de Jesús del Monte, *de Eliseo Diego. Si se tratara sólo o esencialmente de libros políticos, nos encontraríamos con que muchos de nuestros mejores hombres políticos, rigurosamente hablando no tienen libros: Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, por ejemplo.*

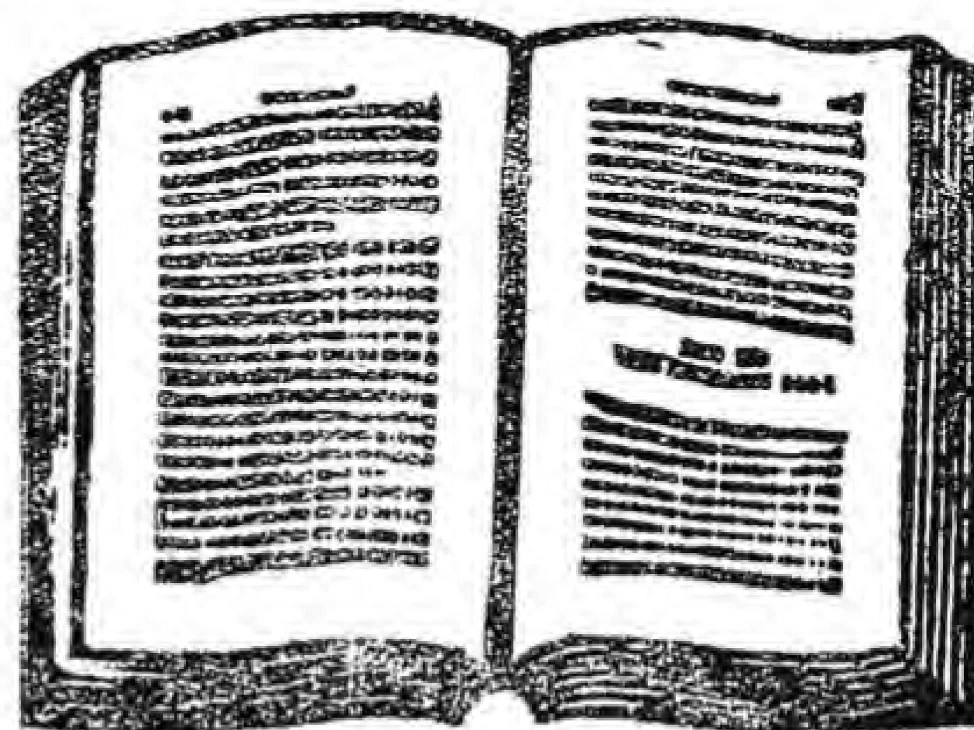
R. F. R.

ADRIAN GARCIA HERNANDEZ

Historia de la Isla y Catedral de Cuba.— Morell de Santa Cruz.
Contra la Anexión.— José Antonio Saco.
Polémica Contra el Eclecticismo.— José de la Luz y Caballero.
Obras Completas.— José Martí.
Enemigo Rumor.— José Lezama Lima.
West Indies Ltd.— Nicolás Guillén.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
Azúcar y Población en las Antillas.— Ramiro Guerra.
Pluma en Ristre.—. Pablo de la Torriente Brau.
En la Calzada de Jesús del Monte.— Eliseo Diego.
Nota: ¿Por qué no solicitar una lista de los diez **peores** libros cubanos?

OSCAR HURTADO

Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Papeles Sobre Cuba.— José Antonio Saco.
Obras Completas.— José Martí.
Poesía.— Julián del Casal.
Poesía.— José Lezama Lima.
Poesía.— Nicolás Guillén.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
El Cuentero.— Onelio Jorge Cardoso.
Teatro Completo.— Virgilio Piñera.
La Historia me Absolverá.— Fidel Castro.



RINE LEAL

Diario de Campaña.— José Martí. (política).
Teatro Completo.— Virgilio Piñera. (teatro).
Obra Completa.— Emilio Ballagas. (poesía).
Elegía a Jacques Roumain.— Nicolás Guillén. (poesía).
50 Años de Poesía Cubana.— Antología, Cintio Vitier. (poesía).
Así en la Guerra Como en la Paz.— Guillermo Cabrera Infante. (cuento).

Vayan por delante dos aclaraciones necesarias: 1) *He escogido no los mejores libros cubanos, sino los que más me han impresionado por una u otra razón especial, y* 2) *La selección se limitará simplemente a 6 volúmenes y no los diez demandados. Mi escaso conocimiento de nuestra literatura, me impide escoger donde no conozco y no quiero citar libros por su título o las opiniones de otros*

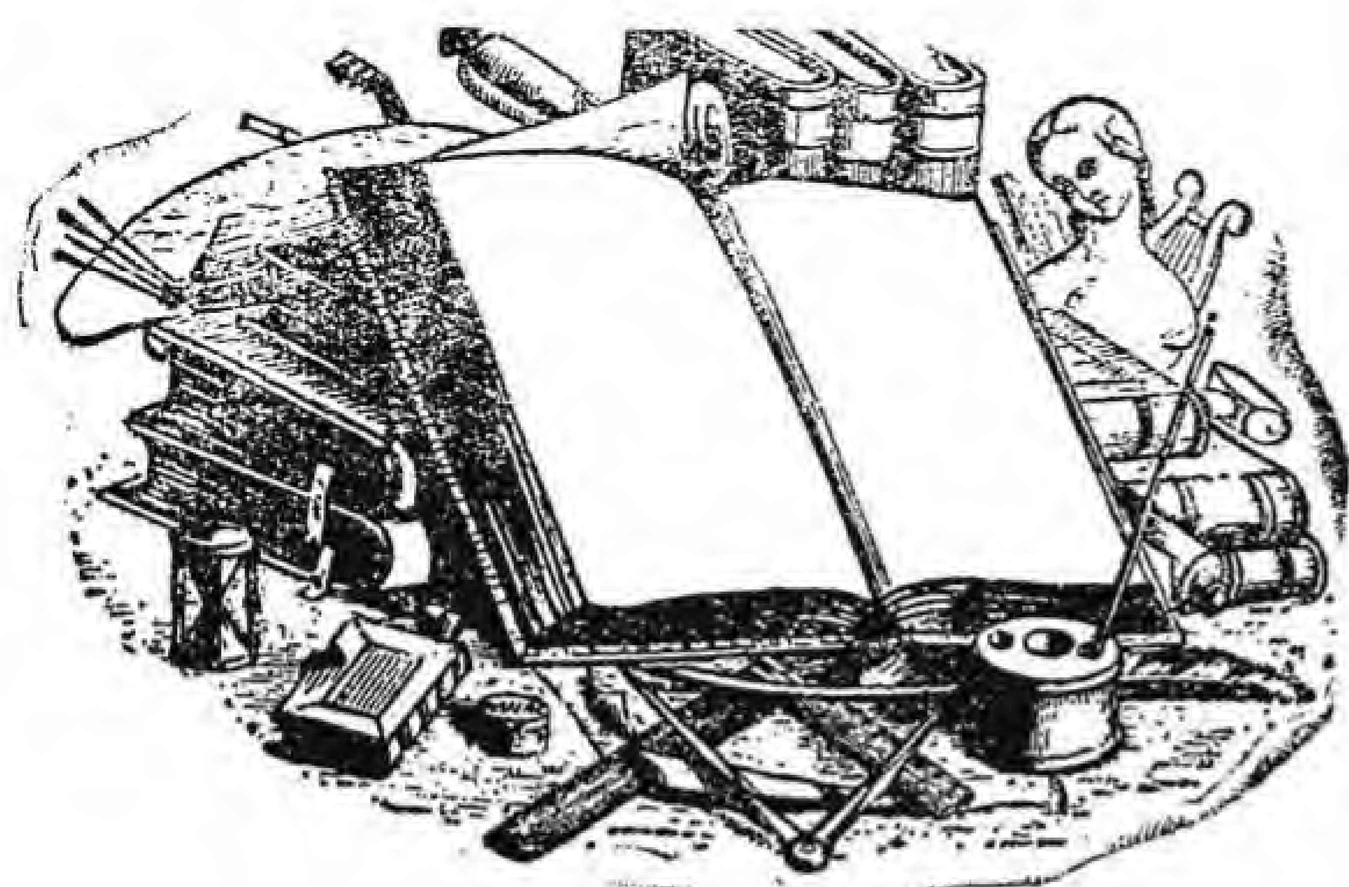
JOSE LEZAMA LIMA

Papeles Sobre Cuba.— José A. Saco.
Obras Completas.— José Martí.
Poesías Completas.— Julián del Casal.
Historia de Cuba.— Ramiro Guerra.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
La Sangre Hambrienta.— E. Labrador Ruiz.
Poema Mío.— Eugenio Florit.
El Monte.— Lydia Cabrera.
Lo Cubano en la Poesía.— Cintio Vitier.

Me demoraría mucho en escoger entre: En la Calzada de Jesús del Monte, *de Eliseo Diego;* Las Miradas Perdidas, *de Fina García Marruz;* Espirales del Cuje, *de Lorenzo García Vega;* Electra Garrigó, *de Virgilio Piñera.*

MARIANO

Enemigo Rumor.— José Lezama Lima.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
Mi Tío el Empleado.— Ramón Meza.
Contrapunteo del Tabaco y del Azúcar.— Fernando Ortiz.
Diez Poetas Cubanos.— Cintio Vitier.
La Sangre Hambrienta.— Enrique Labrador Ruiz.
El Habanero.— Félix Varela.
Poesías Completas.— Julián del Casal.



A. MARTINEZ HERRERA

Las Impuras.— Miguel de Carrión.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Obras Completas.— José Martí.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
La Sangre Hambrienta.— Enrique Labrador Ruiz.
Tobías.— Félix Pita Rodríguez.
Aire Frío.— Virgilio Piñera.
Así en la Paz Como en la Guerra.— Guillermo Cabrera Infante.
La Búsqueda.— Jaime Saruski.

JULIO MATAS

Versos Sencillos.— José Martí.
Sabor Eterno.— Emilio Ballagas.
En la Calzada de Jesús del Monte.— Eliseo Diego.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
Aire Frío.— Virgilio Piñera.
El acoso.— Alejo Carpentier.
La Seiba.— Oscar Hurtado.
Enemigo Rumor.— José Lezama Lima..
La Carne de René.— Virgilio Piñera.
El Hoyo.— Humberto Rodríguez Tomeu

PEDRO DE ORAA

Diarios.— José Martí.
Obra General.— Enrique José Varona.
Versos Precursores.— José Manuel Poveda.
Obra Poética.— Regino E. Boti.
Hombres sin Mujer.— Carlos Montenegro.
Porqué.— Lydia Cabrera.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
Historia de una Pelea Cubana Contra los Demonios.— Fernando Ortiz.
La Fijeza y Analecta del Reloj.— José Lezama Lima.
En la Calzada de Jesús del Monte.— Eliseo Diego.

HEBERTO PADILLA

Obras Completas.— José Martí.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Azúcar y Población en las Antillas.— Ramiro Guerra.
Contrapunteo Cubano del Azúcar y el Tabaco.— Fernando Ortiz.
Las Impuras.— Miguel de Carrión.
Las Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
Tobías.— Félix Pita Rodríguez.
El Son Entero.— Nicolás Guillén. (Suma poética).
Ensayos Martianos.— Juan Marinello.
En la Calzada de Jesús del Monte.— Eliseo Diego.
La Sangre Hambrienta.— Enrique Labrador Ruiz.
Aire Frío.— Virgilio Piñera.
Cincuenta Años de Poesía Cubana.— Cintio Vitier.

Y los primeros libros de autores de mi generación cuyas indudables calidades seguramente serán advertidas mucho mejor cuando alcancen perspectiva histórica: "Toda la Poesía", *Pablo A. Fernández;* "El Barranco", *Nivaria Tejera;* "Así en la Paz como en la Guerra", *Guillermo Cabrera Infante;* "Los Párpados y el Polvo", *Fayad Jamis;* "La Búsqueda", *Jaime Saruski;* "El Libro de Rolando", *Rolando Escardó.*

FELIX PITA RODRIGUEZ

Obras Completas.— José Martí.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Crónicas de la Guerra.— Miró Argenter.
Obras Completas.— Manuel de la Cruz.
Artículos de Costumbres.— José Victoriano Betancourt.
Ensayos Martianos.— Juan Marinello.
Los Fundamentos del Socialismo en Cuba.— Blas Roca.
Antología Poética.— Nicolás Guillén.
50 Años de Poesía en Cuba.— Cintio Vitier.
Antología del Cuento Cubano.— Salvador Bueno.
Geografía de Cuba.— Antonio Núñez Jiménez.
Lecciones de Historia de Cuba.— Sergio Aguirre.

VIRGILIO PIÑERA

Después de pensarlo mucho me pareció justo que mi selección de diez o veinte libros cubanos valiosos la efectuara de acuerdo con su importancia histórica. Descontando el gusto personal no puede eludirse la contingencia histórica. A mi modo de ver los libros (o simplemente una obra) que aparecen en mi selección han marcado un momento en nuestras letras. Desconocerlos sería desconocer o falsear la literatura y la historia de Cuba. Por otra parte, mi selección se limita a los escritores cubanos del presente siglo; los del XIX no necesitan ni aclaraciones ni encasillamientos. Por último, mi selección no implica necesariamente que todos estos libros sean los libros que yo preferiría. Esta interrogación abierta la dejo en manos del lector. Que él conteste por mí.

En la novela:
Hombres sin Mujer.— Carlos Montenegro.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.
En el cuento:
La Luna Nona y Otros Cuentos.— Lino Novás Calvo.
Así en la Paz Como en la Guerra.— Guillermo Cabrera Infante
En la historia:
Contrapunteo Criollo del Tabaco y del Azúcar.— Fernando Ortiz.
La Historia me Absolverá.— Fidel Castro.
En la poesía:
Sóngoro Cosongo.— Nicolás Guillén.
Sabor Eterno.— Emilio Ballagas.
Enemigo Rumor.— José Lezama Lima.
Poesía, Revolución del Ser.— José A. Baragaño.
Libro de Rolando.— Rolando T. Escardó.
En el teatro:
Tembladera.— José Antonio Ramos.
Medea en el Espejo.— José Triana.
El Robo del Cochino.— Abelardo Estorino.

JESUS SABOURIN

Poesía.— José María Heredia.
Papeles Sobre Cuba.— José Antonio Saco.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
La Edad de Oro.— José Martí.
Los Negros Brujos.— Fernando Ortiz.
Versos Precursores.— José Manuel Poveda.
La Pupila Insomne.— Martínez Villena.
Marcos Antilla.— Luis Felipe Rodríguez.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
Poema Mío.— Eugenio Florit.

LUIS SUARDIAZ

Obras Completas.— José Martí.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Versos Precursores.— José Manuel Poveda.
La Zafra.— Agustín Acosta.
Sóngoro Cosongo.— Nicolás Guillén.
La Sangre Hambrienta.— Enrique Labrador Ruiz.
Diario Abierto.— Samuel Feijóo.
El Cuentero.— Onelio Jorge Cardoso.
Obras Completas.— Emilio Ballagas.
En la Calzada de Jesús del Monte.— Eliseo Diego.

"...estos libros —breves unos, extensos otros— han señalado caminos, formas, épocas, situaciones..."

NIVARIA TEJERA

Mi Tío el Empleado.— Ramón Meza.
Cecilia Valdés.— Cirilo Villaverde.
Obras Completas.— José Martí.
Las Impuras.— Miguel de Carrión.
Antología de la Poesía Cubana.— Cintio Vitier.
Analecta del Reloj.— José Lezama Lima.
El Son Entero.— Nicolás Guillén.
Ensayos Martianos.— Juan Marinello.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
Los Pasos Perdidos.— Alejo Carpentier.

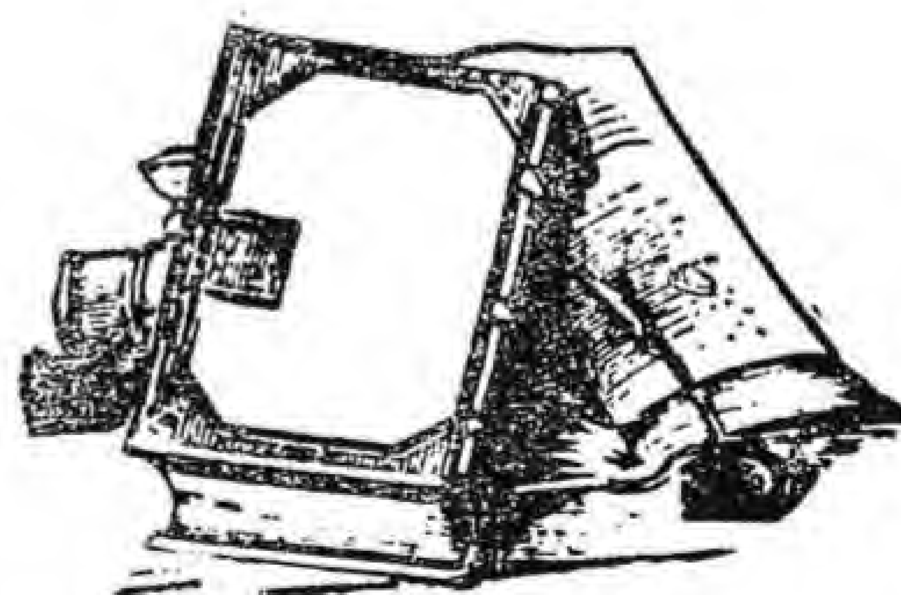
JOSE TRIANA

Enemigo Rumor.— José Lezama Lima.
Mi Tío el Empleado.— Ramón Meza.
Así en la Paz como en la Guerra.— Guillermo Cabrera Infante.
Escenas Norteamericanas.— José Martí.
La Seiba.— Oscar Hurtado.
Cuentos Fríos.— Virgilio Piñera.
Libro de Rolando.— Rolando Escardó.
La Búsqueda.— Jaime Sarusky.
Hombres sin Mujer.— Carlos Montenegro.
Toda la Poesía.—Pablo Armando Fernández.

ROSA HILDA ZELL

El Pichardo Novísimo y la Edición de Cecilia Valdés de Villaverde anotados por este autor.— Esteban Rodríguez Herrera.
El Cuentero.— Onelil Jorge Cardoso.
Una de Cal y otra de Arena.— Gregorio Ortega.
La Pupila Insomne.— Rubén Martínez Villena.
Geografía de Cuba.— Antonio Núñez Jiménez.
nos.— Samuel Feijóo.
Los Trovadores del Pueblo y Cuentos Populares Cuba-
La Alcancía del Artesano.— Samuel Feijóo.
Bertillón 166.— José Soler Puig.
El Monte.— Lydia Cabrera.
El Glosario de Afronegrismo.— Fernando Ortiz.

Todos estos libros son de autores contemporáneos indispensables para el trabajo de cualquier escritor cubano en la actualidad.



LOS 10 ENTRE LOS 10

José Martí: **Obra completa**	17
Cirilo Villaverde: **Cecilia Valdés**	15
Nicolás Guillén: **El son entero**	9
Virgilio Piñera: **Cuentos fríos**	8
Alejo Carpentier: **Los pasos perdidos**	8
Enrique Labrador Ruiz: **La sangre hambrienta**	8
José Lezama Lima: **Enemigo rumor**	7
Carlos Montenegro: **Hombres sin mujer**	7
Eliseo Diego: **En la Calzada de Jesús del Monte**	7
Guillermo Cabrera Infante: **Así en la paz como en la guerra**	7

Aquí sólo aparecen títulos específicos, pues Martí aparece también seleccionado en su **Diario, Escenas Norteamericanas,** etc.; Guillén en varios de sus libros por separado; Piñera ganó cuatro votos con su **Teatro;** Carpentier aparece seleccionado en sus otras novelas, al igual que Labrador Ruiz; Lezama Lima alcanzó menciones con la **Expresión Americana, Analecta del Reloj;** etc.

Los únicos citados por un sólo título son Eliseo Diego, Guillermo Cabrera Infante y Carlos Montenegro.

La memoria aún estremecida, los ojos escocidos, ando entre la muchedumbre, preguntándome si no estoy en otro país, en otro planeta. Salones de té, cafeterías, cabarets, cinemas, perfumerías, tiendas de modas, automóviles americanos, anuncios luminosos... Toda la constelación del lujo girando vertiginosamente. Todo retrata aquí, todo denuncia a gritos el centro de gravedad de la vida: el dinero.

En el escaparate de una lujosa camisería veo emerger la cabeza del Pedidor. Bajo su extraño sombrero acribillado de agujeros, los ojos del Pedidor interrogan dulcemente al vacío. Una pura interrogación sin curiosidad, sin apelación a la respuesta. El Pedidor no sabe o ha olvidado ya hablar. Se llega a un tipo como el Pedidor a través de veinte, de cincuenta generaciones de hambre. Por los agujeros de su camisa asoman unos cuantos mendrugos. El Pedidor toma los cinco duros que le doy con la misma insensibilidad que mi mano. Luego, de un agujero misterioso, saca una manzana sucia y me la da. La mano del Pedidor se alza en un adiós fatigado. Se va quedando cada vez más lejano, perdido en la carretera por la que, ajeno al horizonte, transporta un hambre cansada. El Pedidor está vacío de todo menos del hambre. El hambre es lo único que justifica ya al Pedidor. Su cabeza —sombrero comprendido, tan inseparable que parece que cabeza y sombrero hubieran nacido juntos— se me desvanece entre dos corbatas y una camisa de alta fantasía. Pero el eco de su mirada interrogando al vacío me duele aún.

Me sumo a la muchedumbre. Palabras perdidas ametrallan el aire.

El hambre... Hace viajar mi memoria. El hambre es una vasta geografía. Acabo de recorrerla. Hambre. Se dice en un segundo. Apenas suscita nada. Es una palabra de mal gusto, sin embargo. Aquí se dice apetito. Hambre. Se dice en un segundo. Y millones de hombres tardan años y años en vivirla, toda una vida. Como este viejo de Trujillo al que hace ya muchos años se le han caído los dientes, desde siempre injustificables, quizá por aburrimiento. Sesenta años de hambre diaria. Ya no le atosiga apenas. Ha tardado sesenta años en domesticarla. Pero el recuerdo es aterrador. Su mujer ha muerto tuberculosa. Dos de sus hijos han muerto de anemia. No supieron adaptarse al hambre. Al viejo le ha salido toda su vida por la boca en una violenta blasfemia al pie del "orgullo" de Trujillo: una Virgen rematada por una corona en la que se engarzan el oro, las perlas, los rubíes y los brillantes. Todo el pueblo ha cotizado para ello. Al viejo le costó siete días de sueldo.

A toda página mi periódico grita el último discurso: "El régimen garantiza la continuidad de los valores espirituales que hicieron nuestra grandeza...".

¿Sabrá "el Ranero" qué es eso de valores espirituales? Al "Ranero", apenas si un cuerpo aparente para servir de pretexto a unos andrajos, se le llama así porque su profesión es cazar ranas. Las vende a tres pesetas la docena. En su pueblo se pasa tanta hambre que se come todo lo que se deja hincar el diente. El negocio de las ranas no es muy próspero. Al Ranero le han salido demasiados competidores. Además, la velocidad del hambre ha superado desde hace tiempo a la velocidad de reproducción de los batracios. A pesar de esto, el pueblo del Ranero es un pueblo privilegiado. En la iglesia se guarda una reliquia única en el mundo: una muela del Espíritu Santo.

Hay un tipo sentado en la terraza de una cafetería. Es confortante vèr cómo una tal satisfacción casi explosiva puede encontrar refugio en un hombre. Mi sonrisa me coge descuidado. Este tipo me rebota a ese otro que apretaba los puños en la carretera. La solera aumentaba su estatura. Rebelándose contra el sol terrible, contra las ocho horas extenuantes— treinta pesetas cuando las hay— contra su mujer, contra sus cinco hijos, contra todos. "¡Qué ganas tengo de liarme a tiros contra todo bicho viviente! ¿Que me calle? ¡Que me maten de una vez! Pero antes de reventar me llevaré por delante a don Antonio. Y al cura. El tiparraco este, que tiene más dinero que pesa, quiere ahora que le compremos una motocicleta. Resulta que nosotros seremos responsables de los que mueran en pecado mortal por no haberse podido él desplazar hasta sus aldeas. Lo dice todos los domingos en la iglesia. Y las mujeres estaban cotizando a escondidas nuestras. Para su entierro sí que cotizaría yo con gusto; "¡Me cago en el lobo!". ¿En el lobo? "¡Sí, en el lobo que no se comió al cordero!". ¡Qué barroquismo!

En un recuadro, mi periódico publica las declaraciones ditirámbicas sobre España hechas por un subsecretario americano de un comité de algo. Las declaraciones ditirámbicas de los subsecretarios americanos de los diversos comités de diversas actividades son una sección fija en los periódicos. De vez en cuando, una dama norteamericana publica en su país un artículo describiendo las delicias de la vida en un país en el que se puede tener por mil pesetas tres criadas dispuestas a daros tratamiento de Excelencia. El Régimen tiene razón cuando dice que tras el largo aislamiento empieza a hacerse justicia a España en el extranjero.

Los pitidos, el tráfico, los luminosos apresuran el tiempo.

Hay otra latitud del tiempo. Allá abajo, el tiempo es un letargo. Un día, sin daros cuenta, os visita la muerte, una muerte de tedio, de un ancianísimo aburrimiento con muchas moscas y muchas siestas a la espalda. La gente, allá abajo, debe criar siempreviνas en el ombligo. Allá abajo, un muerto no deja detrás de sí más que un tiempo invertido en esperar. Una larga espera de no se sabe qué, una larga vigilia de la nada.

Me dejo llevar por la muchedumbre. Distraídamente, oigo retazos de conversaciones, una vasta sopa de palabras agitándose en el aire envenenado de gasolina. En la terraza de un café, dos pintores hablan apasionadamente. Uno de ellos se queja de que aquí no hay público para el arte abstracto.

A Extremadura la está vaciando el hambre. La gente se pasea mirando los escaparates y los anuncios. Un largo éxodo por las carreteras, tirado por la desesperación. La desesperación se dirige al Norte. El marido de Francisca no llegará nunca al Norte. Quería ir también a las minas. Ya está bajo tierra. Pero descansando. El marido de Francisca aprovechó el dinero de la siega para vengarse del hambre. ¡Un hambre tanto tiempo almacenada! ¡El marido de Francisca suicidó su hambre en una comilona monstruosa! El hambre y él murieron juntos como juntos habían vivido. ¡Morir de una indigestión! ¿Quién se lo hubiera dicho? Pero no hay derecho a morirse cuando quedan Francisca y cuatro chiquillos famélicos. Comprensible la indignación de Francisca. "¡El tío cerdo!". Francisca no sabe que **un bel morire tutta una vita honora.**

Arriba, un bello luminoso nos convoca a la sonrisa, a una alegre sonrisa bajo la responsabilidad del magnífico dentífrico P... El francés, tras de su cámara fotográfica, les exhortaba

MIGUEL DE SALABERT

Los lectores de LUNES recordarán el capítulo de la novela **de** *Miguel Salabert.* El Exilio Interior, *publicado en el número* **114** *(julio 17 de 1961). Debemos aclarar que esta novela fue escrita originalmente en español (Selabert es español y escribe en este idioma) pero la censura franquista impidió publicarla en la Península. Es así que fue vertida al francés y publicada por la Editorial Julliard. De dicha edición tomamos el citado capítulo y lo retradujimos al español. Sin embargo, en la edición francesa no se incluyeron dos capítulos que el propio Selabert en su reciente visita a Cuba cedió gentilmente para LUNES.*

Nuestros lectores tienen ahora la oportunidad de leer a este magnífico escritor en su lengua original. El capítulo que incluimos en este número está hecho de un solo bloque y de un solo trazo. Trata del hambre y de los abismos de servilismo implícitos en la misma. Es además un hambre española y un hambre "made in Spain y by Franco". Y es, sobre todo, una vibrante denuncia.



a la sonrisa. Las diez mujeres consiguieron, al fin, improvisar una forzada sonrisa. La abuela se ausentó en seguida de la sonrisa, para luego —conminada severamente por su hija— cogerla en marcha y con esfuerzo. A su alrededor, la misma sonrisa forzada de fotografía en todas las mujeres que asistían a la escena. Cuando el francés hubo cerrado la máquina, todas descansaron, aliviadas, de la sonrisa. La sonrisa visita raramente a estas gentes. El guardia civil —todo por la Patria— tenía una mirada escurridiza que no acababa de posarse nunca. El guardia civil —bigotito fino— provocó la dispersión atemorizada de todo el mundo y un ataque de nervios en la Lola. Sus hijas temblaban también de miedo.

¿Qué hacía un francés en casa de una mujer cuyo marido estaba exilado en Francia? ¿Un periodista acaso? Documentación. ¿Y nosotros, qué hacíamos nosotros allí? Todo era altamente sospechoso. El guardia civil —todo por la Patria— hacía unos días había dado una paliza a una gitana y matado al niño de pecho que ella tenía en los brazos. Nadie se había atrevido a denunciarlo. El guardia civil —todo por el orden— cuando coge a alguien arrancando raíces de arbustos en el campo para hacer carbón le quita el hacha y le pega una paliza. Los propietarios pueden estar tranquilos en Madrid. Jamás van por allí. Pero saben sus tierras bien defendidas. "Cada vez que nace un rico hay un lobo más entre los pobres" me dice Juanón, sentenciosamente. Aquí se puede vivir, si no mete uno la nariz donde no le llamen. En Andalucía, en Extremadura, millares y millares de hombres se levantan de la cama durante cinco meses al año sin saber para qué. Dos sardinas y una cebolla sirven para llevar a cuestas a un hombre de un día a otro. Es sabido que el hombre es un animal de costumbres. Una constelación de aperitivos luminosos invitan al apetito. Allá abajo, el apetito se llama hambre. Hambre vastamente repartida, cuidadosamente organizada, masificada, inmemorial, diaria, sin cesar renaciente del día, hambre madrugadora, laboriosa, infatigable, tenaz, obsesionante, envilecedora. HAMBRE. "Aquí pasamos más hambre que un lagarto en un espejo" que dice Antonio. "Aquí una mujer le cuelga un par de cuernos a su marido por diez duros" que dice Antonio. En el pueblo de Antonio blasfemar cuesta cinco duros. Hacer aguas, tres. Lo ponen caro allí eso de la blasfemia y de las aguas. En el pueblo de Antonio, los domingos por la mañana se habla del cielo en la iglesia. En el pueblo de Antonio todos venderían su parte de cielo por un plato de lentejas. Sin dudarlo un segundo. En compensación, el sol se derrama con generosidad. "El sol es la manta del pobre" que dice Pedro. Pedro, una desesperación vitalicia, otra cólera inútil. Pedro, el futuro actualizado de Pedrito. Pedrito —una barriga hinchada como un globo con el tiempo se alzará hasta un metro cincuenta y continuará la desesperación de su padre. Desesperación mohosa, tranquila, estancada, que, de repente, brota en un furor irrestañable —lo digo aún perseguido por el eco de aquellas "soleares" alucinantes— en el "cante hondo", pulmón de un pueblo trágico. Vitoriano —la cara convulsionada en dramáticos visajes— cantaba un dolor mineral, unas "soleares" tremendas, borboteantes de furor, de pasión en carne viva, una honda catástrofe en la que se le iba el alma del pueblo por la boca, una desesperación antigua, heridora, bronca, desgarrada. Voz del pueblo, voz de duelo. Hondo grito estrangulado, frenada urgencia, rabia humillada. La cólera me sacude el cuerpo, como un mensaje eléctrico, y se guarece en mis puños cerrados.

Quisiera golpear esta noche de lujo hasta dejarla exangüe. Derribar de un manotazo todos estos anuncios luminosos hasta verlos desangrarse por el suelo y dejar a la noche sola consigo misma, con su temblorosa oscuridad.

Me duelen los ojos de ver. Me duele esta impotencia que me arrodilla y este grito que me sacude como un ventarrón interior: soy un cobarde, un cómplice. Y no puedo soportarme por más tiempo.

El proceso se ha precipitado. Tan rápidamente que me ha rebasado a mí mismo.

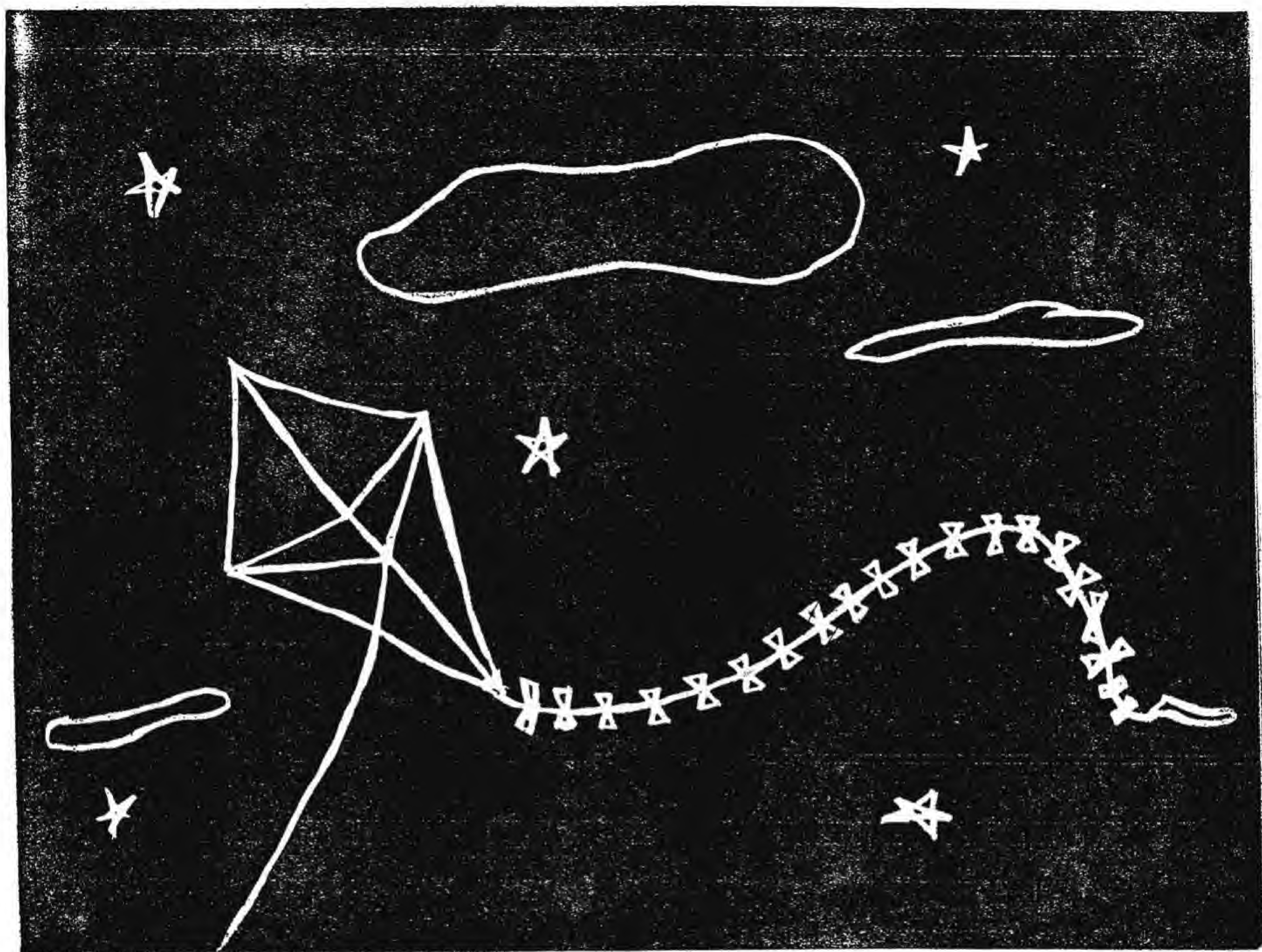
Mientras yo me he entretenido —¡qué aburrimiento!— en vivir alrededor de mi ombligo, han pasado cosas. Ramiro, Alberto, Jesús, Fernando, Enrique y muchos más están en la cárcel. Todo ha pasado a orillas mías. Todo ha pasado sin mí. He vivido como un ciego.

Sé que lo que les ha llevado a la cárcel —excepto a Ramiro seguramente— es una exigencia moral, una rebelión biológica incapaces de soportarse en esta inactividad humillante han ido a buscar en la cárcel los pocos metros cúbicos de aire puro que quedan en España. Estas razones son ahora válidas para mí. Su acto es un testimonio, una fuerza que golpea las puertas del futuro.

Rechazado, anulado, excluido, he creído encontrar el último refugio en mi yo, este exilio interior, esta pequeña isla portátil. Había mi existencia. Pero esta existencia mía no es algo a comprender sino a vivir. He tardado algún tiempo en descubrir la desagradable sorpresa de que mi yo me era también inhabitable, o insuficiente. Sus mamilas no bastaban para alimentarme. ¿Es esta insuficiencia de mi yo la que dictaba en mí la necesidad de amar? ¿Una búsqueda de refuerzo, de apuntalamiento de mi yo, como se hace con las cosas en ruina? ¿O bien una espontánea tendencia a verterse, a diluirse en los otros? No lo sé, pero el fracaso de mi yo en contenerme ha sido revelador. El me ha revelado que sin los otros no se es nada. Si os digo que el Yo es un fenómeno de miopía, si os digo que el Yo es una caquita de infusorio, quizás sonriáis e imputéis la responsabilidad de estas afirmaciones a la anemia de mi Yo. Pudiera ser. Pero yo seguiré creyendo que el Yo es una posesión, un artículo más del sistema de propiedad privada. Pienso en estos campesinos que me han ayudado a despertarme. Si a estos hombres se les dijera que son poseedores de un Yo se llevarían una sorpresa tremenda. Ellos de lo único que se saben propietarios es de un hambre inmemorial que se heredan de generación en generación. El Yo es un artículo de lujo. El Yo no está al alcance de todo el mundo. Un Estado burgués bien organizado debería incluir el Yo en sus escalas de impuestos, tal vez bajo la etiqueta de "signos internos de riqueza".

Si me he bajado en marcha de mi Yo es para situarme al lado de los "huérfanos de Yo", de los anónimos, de los olvidados, de aquellos para quienes la angustia existencial consiste en la dificultad pasar la vida de un día a otro. Estos son los míos. Ahora sí puedo decirles: ni egoísmo sois vosotros. La rabia ciega que me habitaba se ha abierto a la luz. El grito que yo habito ya no se doblará sobre sí mismo, será una llamada cargada de urgencia, un cauce para dar curso a la cólera de los inocentes, de los míos. Si continúo viendo es para hacer la vida habitable. Una vida habitable sólo puede ser aquella que tenga al hombre y no al dinero por centro de gravedad. Una vida habitable es el hombre en paz con el pan y con el hombre.

HAMBRE



en lo alto de un hilo

POR HUMBERTO ARENAL

Creo que en parte yo lo sabía, pero no hubiera querido que aquello sucediera. Por lo menos en la forma que sucedió. No sé. Cuando uno es niño tiene sus amores y sus ilusiones que hay que cuidar porque si no las cosas después no van bien en la vida. Mi madre aquel día se había levantado como siempre con sueño a hacer el desayuno, con sus ojos tristes y sus movimientos lentos. Por entonces yo soñaba con ser trapecista —esto creo que fue después que renuncié dramáticamente a ser aviador a ruegos de mi hermana menor— y me la pasaba descolgado de un trapecio todo el día mirando el mundo al revés, que después he descubierto no es una mala manera de ver lo que nos rodea. Allí estaba oyendo a la vecina de al lado peleando con su hijo, mi amigo Tito, porque se había levantado demasiado temprano a tocar la trompeta y el tambor, y se negaba a lavarse la cara. Igual que todos los días. Mi madre se acercó con una moneda en la mano y me dijo que trajera media libra de falda para la sopa, que le pidiera al carnicero un hueso grande para darle sabor y que me fijara que no tuviera pellejos. Siempre decía lo mismo. Igual que los mareos por la mañana y los dolores de cabeza por la tarde. La carnicería estaba a media cuadra de casa. Llena de moscas y de mujeres habladoras y gesticulantes. Esta noche vamos a comer croquetas, pensaba yo mientras una mujer decía que "allá se despertaron desde las seis de la mañana y formaron un escándalo del diablo".

—Me tienen hasta aquí— dijo, y se tocó la frente.

Entonces entró Queco, una mulata gorda que olía muy raro y a Constante el carnicero se le achicaron los ojitos, y empezó a mover el tabaco de un lado a otro de la boca. Y después comenzó a afilar el cuchillo mientras se acercaba a Queco y le decía algo que no entendí porque pasaron dos muchachos amigos míos patinando y gritando. Después entró Juliana, la amiga de mi tía Carmela que había muerto tuberculosa un año antes, y me tocó la cabeza como siempre lo hacía y me dijo que cómo estaba la gente por casa. Cuando yo dije que bien, se me quedó mirando a los ojos con esa compasión excesiva que tiene alguna gente cuando a uno se le muere un familiar. Ella también tenía un olor raro aunque distinto al de Queco.

—Bueno, ¿qué quieres Machito?— me preguntó Constante el carnicero mientras seguía mirando a Queco, y continuaba afilando el cuchillo y los ojitos se le ponían más pequeños y en la boca le jugueteaba una sonrisita nerviosa que le hacía morder el tabaco. El siempre me llamaba Machito. No sé por qué pero me gustaba. Desde el primer día me llamó Machito. Hace poco me lo encontré en una guagua y creo que no me reconoció,

aunque se me quedó mirando un momento como si dudara. Hay que ver que hacía casi veinte años que no nos veíamos. Todavía tenía la cadena de la virgen María colgada en el cuello, fumaba su inevitable tabaco y llevaba una guayabera blanca muy almidonada y zapatos de dos tonos. La gente del barrio siempre decía que Constante era un gallego chévere porque le gustaban mucho las mujeres, especialmente las mulatas, y no era tacaño y además iba a bailar danzones los domingos a los jardines de La Tropical. Yo creo que, como se dice ahora, era un gallego con personalidad. No sé, tenía una manera pausada y elegante de tratar a la gente que a mí me gustaba. Y me sigue gustando. Constante me tuvo que preguntar de nuevo qué quería porque yo estaba mirando a dos muchachos que pasaron con un bate, un guante y una pelota. Pero entonces Queco le dijo que se apurara, que ella no tenía ganas de pasarse la mañana allí metida, que tenía que hacerle el almuerzo a su marido. Constante se quitó el tabaco de la boca y le dijo algo de su marido al oído, pero yo no lo hubiera escuchado de todos modos porque volví a mirar los muchachos que llevaban el bate, el guante y la pelota. Cuando miré otra vez ella lo estaba empujando y ambos reían con malicia. Al fin Constante me atendió, siempre mirando de reojo a Queco, y yo me fui a casa, mirando al cielo azul, sin nubes. Mientras caminaba pensé que era un buen día para empinar un papalote pero recordé que dos días antes había perdido el mío al enredárseme en una antena de radio. Un aire suave y caliente movía las ropas blancas tendidas en las azoteas. Cuando pasé por casa de Chito me pegué a la pared para que no me vieran porque la verdad es que si me preguntaban no hubiera sabido qué contestarles. Todavía hoy a los 15 años, cuando me acuerdo de estas cosas siento una extraña sensación aquí en el diafragma. Mi madre estaba barriendo la sala cuando yo llegué y no me miró cuando dijo que cuánto me habían dado devuelto en la carnicería. Nunca me fijaba en estas cosas. Ni me volvió a mirar a la cara en toda la mañana. Mi hermana se había quedado en la casa con la cabeza metida debajo de la almohada y yo la había sentido llorar pero seguí casi toda la mañana en el patio colgado del trapecio pensando en una película que había visto unos días antes. Allí estaba cuando llegó mi tío Pancho y dijo:

—Ahora sí que la cosa se pone mala de verdad. La gente del ABC está dispuesta a todo. Martínez Sáenz se reunió con la gente de mi célula y dijo que hay que meterle mucha candela a Machado. Anoche pusieron tres bombas en la Habana Vieja, y dos en el Cerro, y tirotearon una máquina llena de porristas. Todo esto lo sé de buena tinta. Lo sé...

Mi tío todo lo sabía de buena tinta. Siempre tenía un nuevo cuento. Llegaba muy animado y soltaba sus cuentecitos mientras mi madre lo oía sonriente y después se marchaba. Pero esta mañana mi madre no se sonrió. Siguió todo el tiempo limpiando la casa y haciendo el almuerzo. En dos o tres ocasiones me dijo que me bajara del trapecio, pero sin mucha energía. Una de las veces me bajé y fui a ver a mi hermana y le dije:

—Mi hermanita, mi hermanita —mientras le tocaba los pies.

Y ella me dijo que la dejara sola, y sacudió los pies. Ya yo estaba cansado de todo aquello y de la trompeta y el tambor de mi amigo Tito y de los gritos de su madre para que la ayudara a cargar unos paquetes, y me fui a la azotea. Era agradable estar allí más cerca del sol y del cielo. Por encima de los demás. Viendo la gente pequeña allá abajo. Y las palomas blancas de mi amigo Miguel Angel volando en semicírculo. Y la ropa blanca —casi azul por el reflejo del sol— que ponía a secar Mima la lavandera en la azotea de su casa. Y los papalotes a lo lejos, que hoy eran menos. Y los muchachos que oía corrían en patines, en bicicletas, en carriolas. Además, allí me sentía protegido, aunque entonces yo no supiera de esas cosas. Allí estuve hasta que mi madre comenzó a llamarme y a dar gritos que bajara, que si quería romperme la crisma allá arriba. Siempre decía lo mismo.

Cuando bajé volví a tocarle los pies a mi hermana y me volvió a tirar una patada. Me dieron ganas de tirarme yo también en la cama boca abajo para ver qué decían los demás, pero entonces llegó mi tío Ramón que siempre me lanzaba un puñetazo cariñoso al vientre y me decía:

—¿Qué pasa Piruli?

No sé de dónde había sacado aquel nombre tan sonoro y original. Cuando él llegaba siempre me sentía más contento. Y menos solo. El se iba a hablar allá a la cocina con mi madre, en ese tono bajo e íntimo que tanto me gustaba. Ellos son posiblemente las únicas personas que recuerdo de esa época que no hablaran a gritos. Yo creo que cuando la gente se entiende bien emplean ese tono callado y cordial porque se comunican con algo más que con la palabra. Esto es algo que tampoco sabía antes, pero que comprendía de todos modos. Mi tío tosía a cada rato, de una manera tan profunda y distinta que todavía llevo el recuerdo fijado en el oído. O en la subconciencia, como se dice ahora. El era uno de los pocos adultos que visitaba la casa que decía cosas inteligentes y sensibles. Dos veces observé, desde el trapecio a que había vuelto, que me miraron y hablaron. Yo sabía al igual que ellos por qué me miraban, pero no me di por enterado. ¿Para qué? Siempre me quedaba el recurso de mi imaginación: los aplausos del público al gran trapecista que yo era; la caída fatal que sufría entre los gritos histéricos de las mujeres y el correr de mis compañeros que venían prestos a ayudarme; y las miradas de admiración de alguna espectadora linda y embrujada por mis proezas en el trapecio.

Cuando mi tío volvió a pasar por mi lado sacó una moneda:

—Vaya, un níckel, para que te compres algo —me dijo y volvió a lanzarme un puñetazo. ¿Qué te vas a comprar?

Le dije que no sabía.

Me quedé un rato con los brazos descolgados haciendo sonar en el suelo la moneda a cada oscilación del cuerpo. Entonces llegó mi padre, de prisa como siempre, y me dijo que me bajara del trapecio. ¿Por qué haría un esfuerzo tan conciente entonces por ser brusco? A menudo me he hecho esta pregunta y he llegado a la conclusión que era su manera de mantener el principio de autoridad en la casa. En fin, eso ya ahora no importa. Como nunca me ha gustado que me pidan las cosas de esa manera me quedé todavía un buen rato haciendo sonar la moneda en el suelo. Hasta que vino mi madre y me dijo tocándome una mano que fuera a almorzar que la comida se iba a enfriar y después fue junto a mi hermana y le habló bajito hasta que la convenció. Cuando se levantó tenía los ojos rojos y arrastraba los pies al caminar. Todavía se quedó un rato en el baño y mi padre preguntó que por qué no acababa de venir.

—Ya viene, ya viene —dijo mi madre y lo miró a los ojos.

Cuando estuvimos los cuatro en la mesa sólo se oían las quijadas y los dientes triturando los alimentos y el clic clic de los cuchillos y tenedores. Y los pensamientos de todos nosotros, casi más audibles que lo demás. Dos veces pensé que mi padre iba a decir algo —quizás lo mismo que todos pensábamos— pero en cambio dijo elevando las cejas, que tenía un trabajo del diablo. Que era lo mismo que decía todos los días a la hora de almuerzo, y que era verdad. En una ocasión, mientras mi madre traía el café, lo vi mirándonos a mí y a mi hermana con ojos un poco desconcertados, y cuando se topó con mi mirada volvió la cara y gritó que le trajeran el café que apenas le quedaban cinco minutos. Cuando se marchaba, él y mi madre se quedaron en la puerta hablando un rato y oí cuando dijo:

—¿Y qué quieres que haga, que lo robe?

Ella se apresuró a hacerlo callar. Siempre le decía que bajara la voz, especialmente cuando comenzaba a decir malas palabras, que en cambio era cuando a mí se me hacía más simpático, más él.

La tarde transcurrió entre un sol vertical, el ruido de mi madre que lavaba silenciosa en el patio, el llanto de mi hermana que volvió a la cama y se puso la almohada sobre la cabeza, y el correr de los muchachos patinando y gritando, y creo que en una ocasión mi amigo Tito se puso a darme gritos por la ventana para que fuera a jugar con él, pero no quise contestarle. La verdad era que no tenía deseos de jugar. Ni de hablar con nadie. Me había pasado la tarde pensando en qué iba a gastar los cinco centavos que me había dado mi tío Ramón. Además, mi madre me había dado desde temprano los dos centavos que me asignaba todas las tardes para merendar. En un momento en que no había ningún muchacho en la calle me fui a la bodega de Víctor el gallego y me compré un pedazo de guayaba y dos galletas de soda, igual que la mayoría de las veces. Entonces fue que vi el papalote colgado sobre las latas de aceite, junto a un racimo de ajos. Ya no dudé y lo compré con el níquel que mi tío Ramón me había regalado. No es que fuera tan lindo, ni estuviera tan bien hecho, sino que yo había estado pensando toda la tarde que era un papalote lo que iba a comprar.

Cuando entré en la casa Jorge, el hermano de mi amigo Tito, me preguntó algo mientras corría en patines por el portal de su casa, pero yo entré rápido y no quise prestarle atención.

Mientras preparaba el papalote en mi cuarto, y comía las galletas con guayaba que había comprado, percibí la llegada de mi padre y vi a mi madre que enseguida fue a verlo. Y también la sentí cuando ella pasaba por mi lado silenciosa y sentí su mano débil sobre mi pelo. Oí cuando llamaba a mi hermana y le hablaba bajito en la cocina y los sollozos ahogados de mi hermana. Pero ya no me interesaba más que mi papalote. Mi hermana volvió a la cama y siguió con la cabeza metida debajo de la almohada.

Yo había oído la voz de mi padre llamándome pero no quise darme por enterado. ¿Para qué, si ya sabía lo que me iba a decir? Pero a la tercera vez sacó la cabeza por la puerta del baño y me gritó que fuera a verlo. Allí estaba, como todas las tardes, lavándose las uñas con un cepillo y un pedazo de piedra pómez para quitarse la grasa que se le acumulaba en el trabajo Habló sin mirarme, sin dejar de limpiarse las uñas.

—Tú sabes que las cosas están muy malas —dijo—; que ya no trabajo más que tres días a la semana. Y este año los Reyes están muy pobres, por eso esta mañana no te han traído nada. Tu madre tiene un peso que yo conseguí para ti y tu hermana.

Y no habló más. Como dije antes yo creo que lo sabía pero no quería que esto sucediera así. Por eso terminé enseguida de arreglar mi papalote y me fui a la azotea. A veces allá arriba me ponía a observar el interior de las casas desde lo alto. La gente me lucía distinta. Pero aunque pensé en esto, cuando me acerqué al muro y comenzó a elevarse el papalote no pensé más que en el cielo azul y en lo bien que me sentía ahora de pronto por estar solo allí en la azotea. Mientras el papalote se elevaba el cielo fue cambiando de color; a veces era verde y otras rojo y en un momento se tornó amarillo y hasta negro, y después blanco, muy blanco. Entonces comencé a sentir la fuerza del hilo en el dedo índice. Mientras más altura ganaba el papalote más la sentía. Después el cielo volvió a ser azul, muy azul y me pareció que la mano comenzaba a subir y que el cuerpo se elevaba siguiendo la trayectoria ondulante del hilo. Entonces miré hacia abajo y me vi allá lejos. Seguí ascendiendo, ahora con más velocidad. Miré de nuevo hacia abajo y ya no veía casi mi cuerpo. Llegué junto al papalote y mi cuerpo se movió hacia la izquierda y después hacia la derecha. Entonces miré de nuevo hacia abajo y ya había desaparecido. La tierra no era más que un punto impreciso en la distancia. Sentí una gran alegría y una gran tristeza. Mi cuerpo se movió hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia arriba, hacia abajo. Igual que el papalote.

Poemas de José Triana

del libro OTRA VEZ EL PARAISO que publicará La Tertulia

POESIA POESIA POESIA POESIA POESIA

Es necesario entonces
preguntarse
correr ir entrar
no cerrar las ventanas
en medio de la calle
en medio de la plaza
la perfección no existe
como un loco
que vió la perfección
la extrañeza
no descansar
en el tío-vivo
van cayendo los huesos
que en el principio
nadie nadie
o tal vez cuando antes
no soy lo que soy
la justicia era un reino
absoluto
sin partes
es necesario entonces
preguntarse
correr ir entrar
porque el hombre
hoy siempre
se muere
el próximo instrumento
entre muertos ladrando
más tarde o más temprano
vaya usted a saberlo
si después me bostezan
mientras suena la fiesta
y el trombón amarillo
a todas luces cierto
después será imposible
porque el hombre
contempla
el oscuro viajante
no detiene la noche
la noche va girando
entre globos un globo
sus bolsillos sus huesos
atraviesan
lo insomne

la maldita tristeza
que tú no quieres ser
ese cuerpo de harapos
esos ojos
esa mano que arde
extendida
caminando
los días que se obstinan
de presagios
de sangre
y los muslos sudados
es necesario entonces
preguntarse
correr ir entrar
no cerrar las ventanas
en el alba de prisa
saludando desgracias
y las tristes mujeres
que recuerdan
y sus hijos y hermanos
y parientes en sombra
sustentando las fábricas del hilo
de la lluvia
de los peces podridos en la cesta
y el chino
que comparte
los metales del diablo
y otra grosería
e ignorando el después
lo que he sido entre olorosas frutas
porque pasan los años
de una lejana estancia
y no llega
el prometido cielo
y sí la noche limpia
como una cacerola
y es la venganza inmóvil
la piedra iluminando
los jardines
el devenir del agua
para nunca jamás
oscuramente vivo
la perfección no existe
no quiero la costumbre

ando pobreza
do
me afeito y lloro
un loco un loco
pués quedarme
d o nunca

ario entonces
rse,
entrar
las ventanas.
tristes domingos...
istes domingos donde ya nada ocurre
tiempo a cuestas y las mismas
y lo que es peor aún el mismo
mismo posado en el espejo

ficación su objeto más
el framboyán se esparce al nombre
a que es un gozo reinante
y desvelos porque entonces me pierdo
erias y locos adjetivos
cuándo dónde cómo pienso qué llovizna

nzo no llego a definir las voces persiguiéndome
hormigas invisibles escribo escribo escribo
último naciendo el intacto crepúsculo
o vergüenza sólo la eternidad se pavonea
mueca inmóvil.
ado...
ade la ardiente maniobra del día
espués me olvide del acto que es un cuerpo
presente repetido sin cesar ni concierto
de pluma contradictorio a veces
s estambres no me olvides
testigo más el juicio final sin las trompetas
el instante la oscuridad en aguas muy diversas
uno el ahora el antes y el veremos
bien regresa
bra niega otra palabra
los manteles en el sombrío cuarto de la luna
espués te olvides y la mulata cante
en el humo del secreto accidente
ma borde una mañana tierna
n del hombre.

UN CONCURSO Y SUS BASES

A tono con la campaña de cultura popular que propugna el actual Gobierno de la Revolución, a "Ediciones R" le ha parecido oportuno convocar a un concurso literario. En él podrán tomar parte aquellos escritores que hasta el presente no han sido editados. Se estimula así el trabajo silencioso de cientos de principiantes y se les da una oportunidad de aparecer en la letra impresa. Al mismo tiempo este Concurso ensancha el horizonte de nuestras ediciones.

BASES

1.—Pueden concursar todos los escritores que no hayan publicado un libro hasta el momento de la presente convocatoria.

2.—Los géneros elegidos son: novela, cuento, ensayo.

3.—El género ensayo se circunscribirá al ensayo de tipo histórico con sus variantes: biografía, interpretación de la historia y de la filosofía y sociología de la historia.

4.—Dicho ensayo versará exclusivamente sobre nuestra historia.

5.—La extensión de los trabajos no será menor de cien páginas mecanografiadas a dos espacios ni mayor de trescientas.

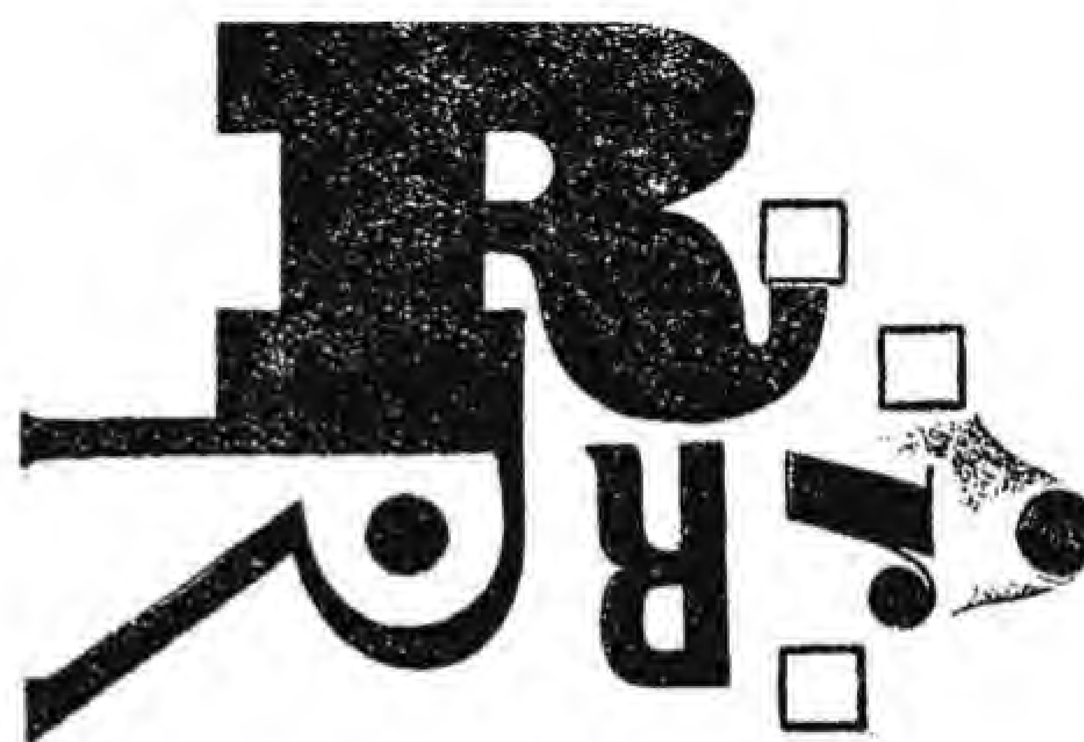
6.—El plazo de admisión de los trabajos quedará cerrado el día 31 de diciembre del presente año.

7.—El fallo del jurado se dará a conocer el día 31 de enero de 1962.

8.—Los concursantes enviarán los trabajos firmados con sus respectivos nombres y apellidos y la correspondiente dirección postal.

9.—Los trabajos serán enviados a: Concurso Literario "Ediciones R", Periódico Revolución, Gral. Suárez entre C. de R. Boyeros y Ayestarán.

10.—El premio consistirá en la publicación de la obra.



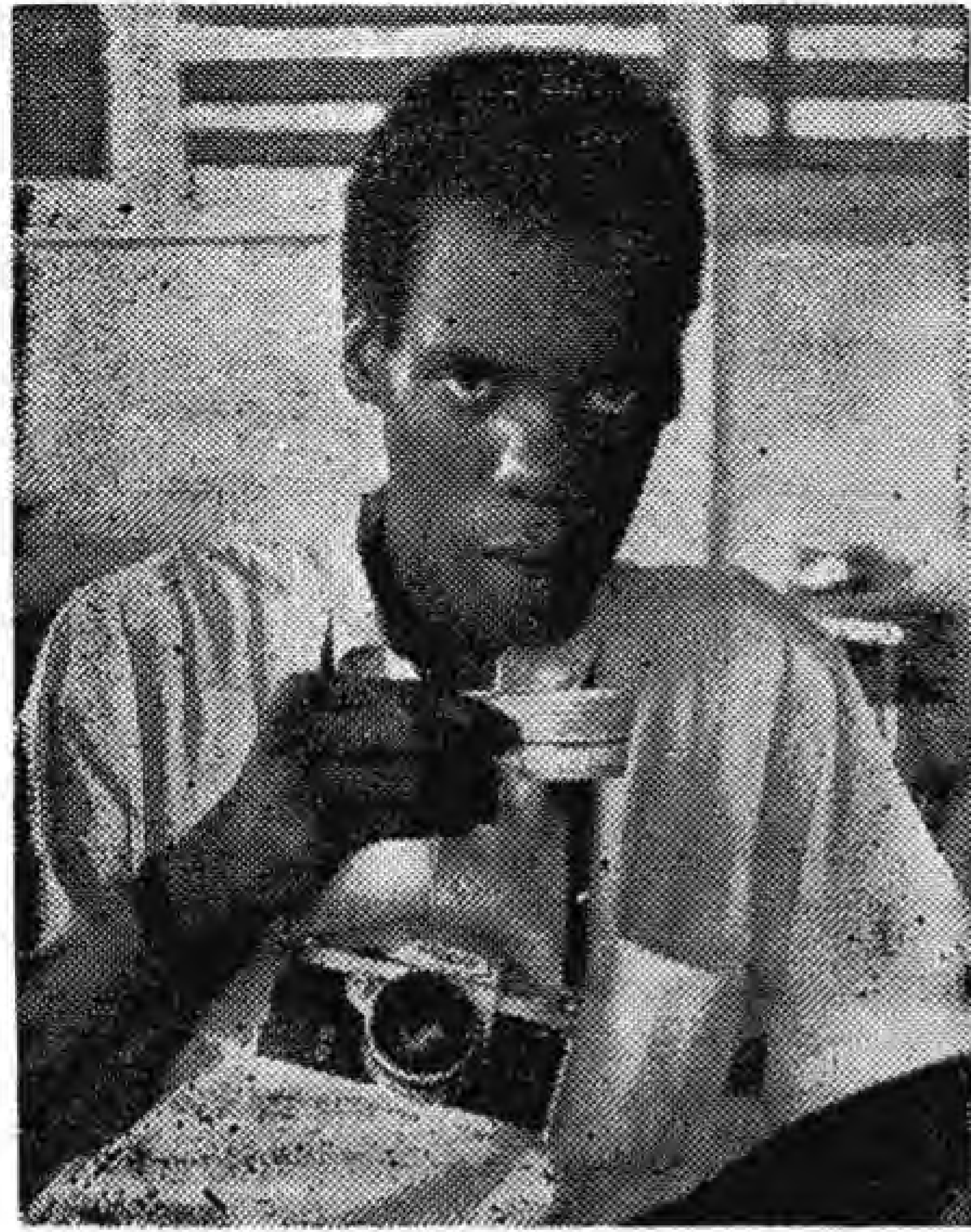


EXPOSICION FOTOGRAFICA LA VIDA EN NEW YORK

LEROY MC LUCAS

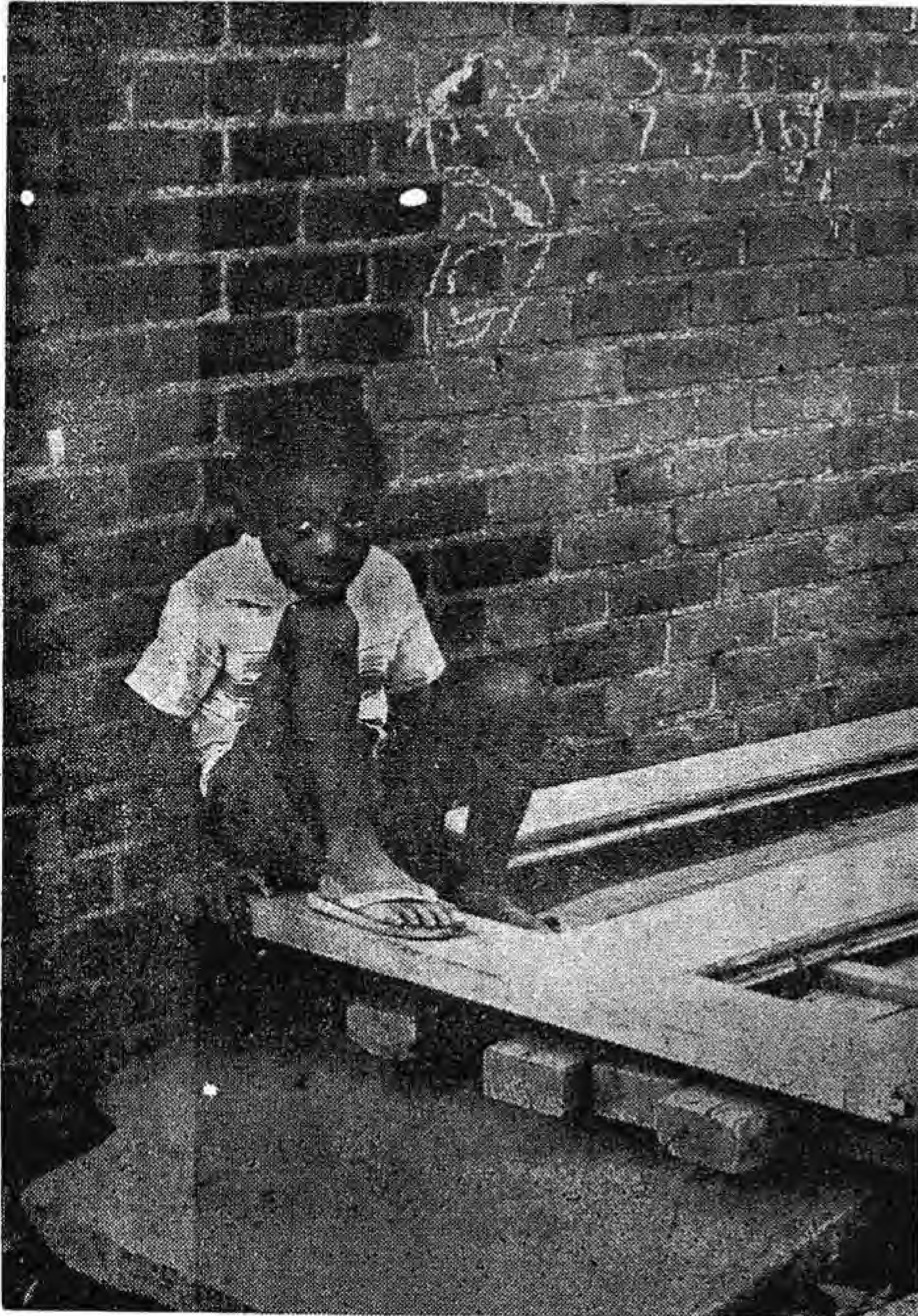
casa de las américas

FOTOS DE LEROY MACLUCAS



VIDA, PASION Y MUERTE DEL NEGRO EN USA

Para Rousseau el hombre había nacido libre y en todas partes se le encontraba prisionero. Esto fue dicho en el siglo XVIII. Dos siglos después si Rousseau viniera a los Estados Unidos tendría que reformar su frase... ligeramente nada más. Diría: El negro ha nacido esclavo y en todas partes le encontramos



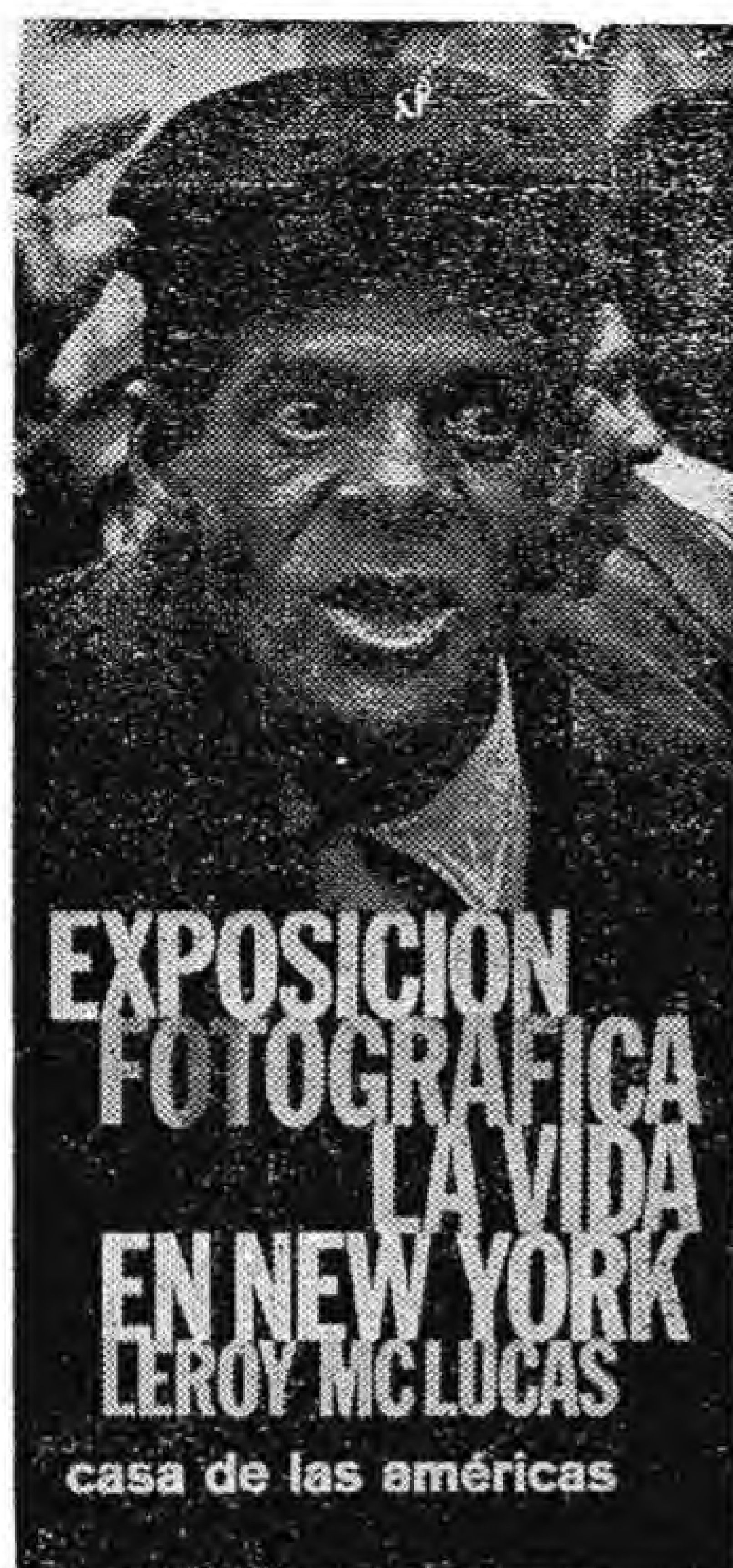


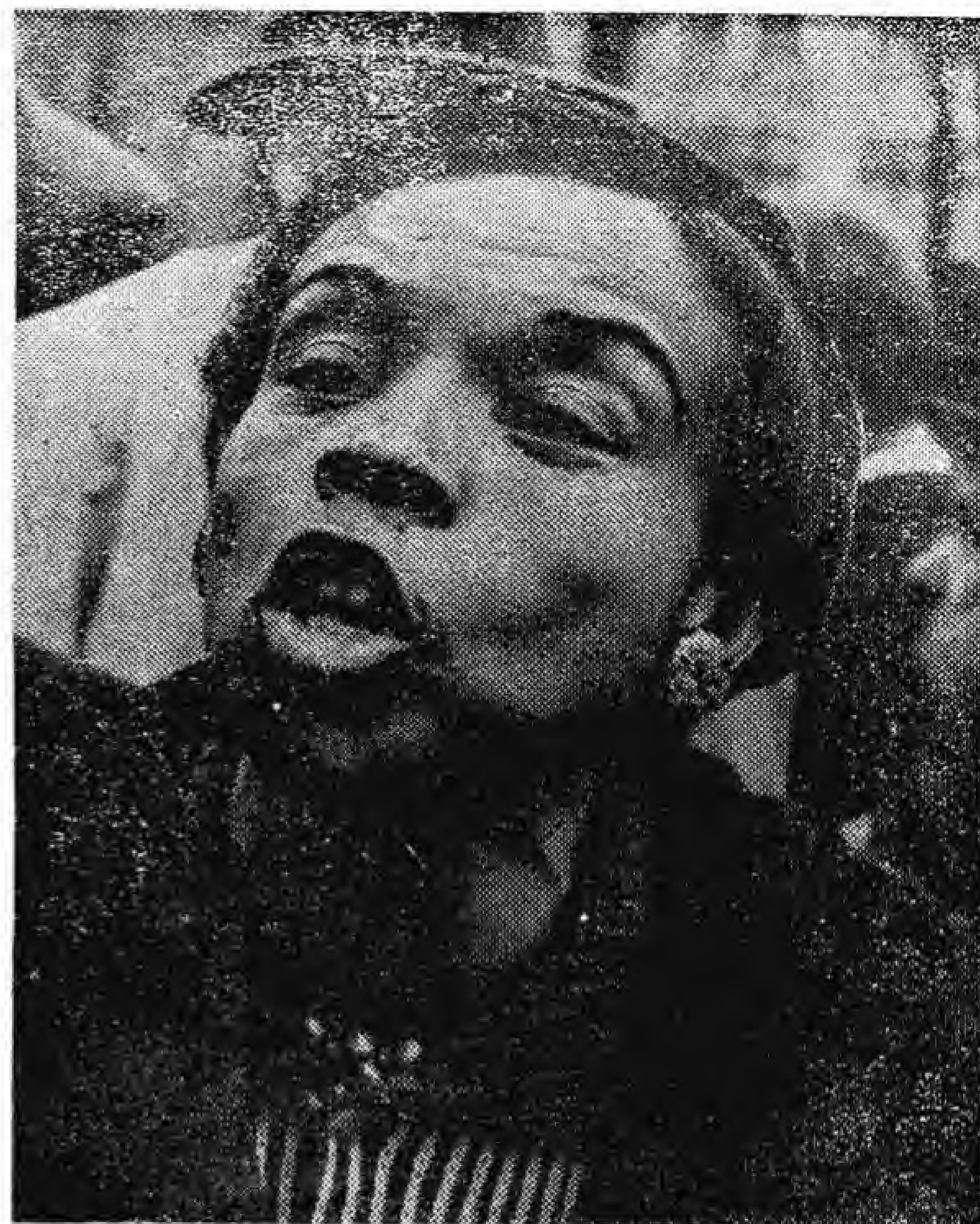


prisionero. En Little Rock, Arkansas, le encadenan Orval Faubus y sus muchachos racistas; en Monroe, Carolina del Norte, le persiguen las bandas armadas del KKK; en Atlanta, Georgia, no le dejan asistir a las escuelas públicas, le encierran, le linchan. Esto es en el Sur. Pero también en el Norte el negro es prisionero. Un escritor norteamericano ha dicho que la idea de que el negro es libre en el Norte, es tan falsa como la idea de que en el Sur de los tiempos de la esclavitud era "comprendido". Aquí el racismo no adopta las fáciles formas del linchamiento o la segregación al final de los ómnibus, porque es la sutil discriminación económica. Leroy MacLucas —huérfano, educado por personas caritativas, enrolado en el ejército porque quería estudiar fotografía, pero en realidad reducido a cocinero, ahora viviendo en Cuba, joven de 25 años, negro, por supuesto— muestra en estas fotografías (exhibidas hasta hace poco en la Casa de las Américas) cómo nace, vive y muere el negro en el Norte y en el Sur y en el Centro: en USA, esto es. Las fotos siguen una progresión que es el camino de la lucha: la niñez miserable, la juventud rota, la madurez que comienza a podrirse antes de tiempo y como una mano en alto, la lucha, que termina con Robert Williams refugiado en Cuba, perseguido por los perros del FBI, arrinconado en su lucha por la libertad. Para final no hay más comentario que el de MacLucas:

"¿Por qué soy fotógrafo? Es muy simple: quiero mostrar la vida y la muerte, y la lucha de la vida contra la muerte".



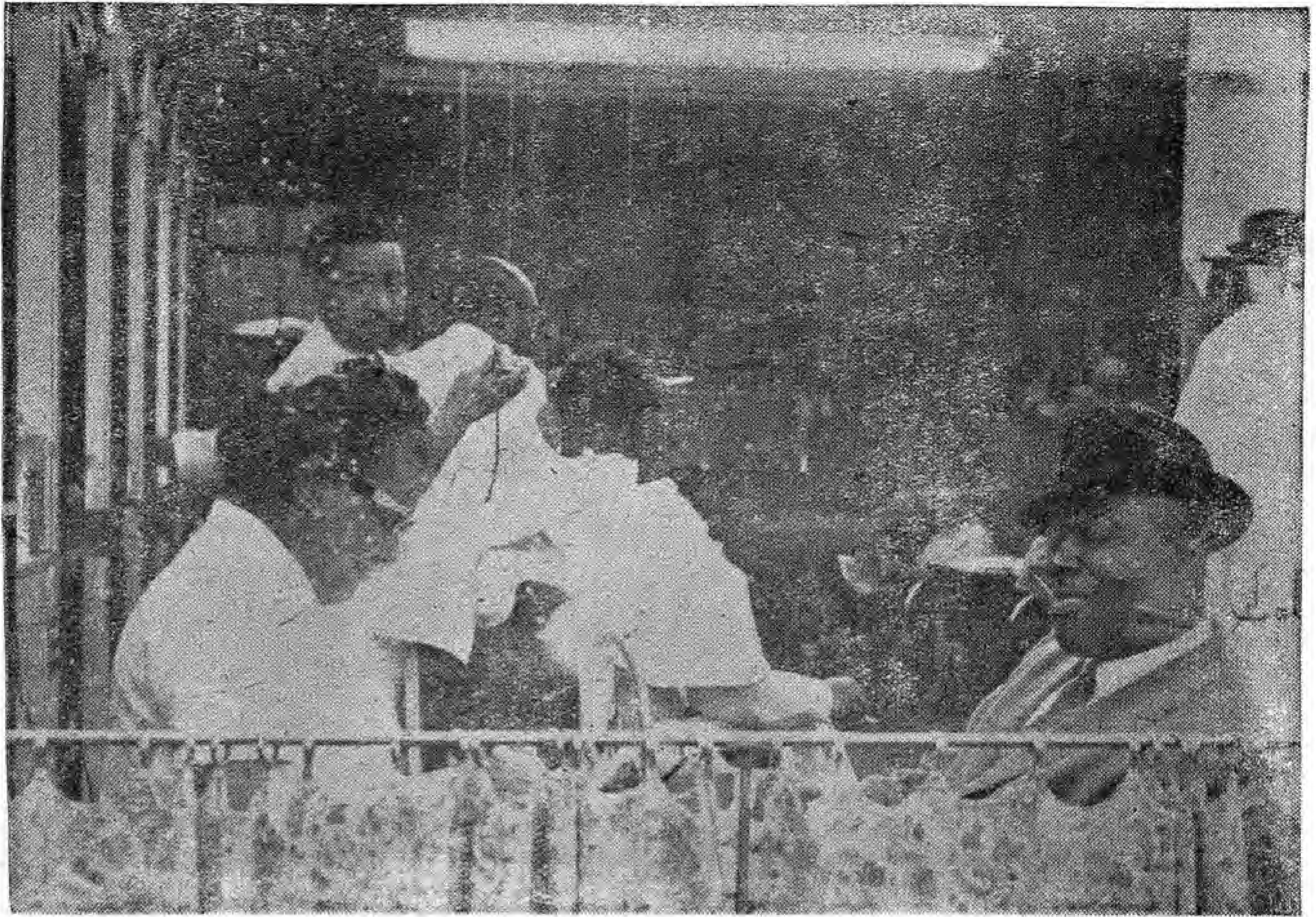

EXPOSICION
FOTOGRAFICA
LA VIDA
EN NEW YORK
LEROY MC LUCAS
casa de las américas





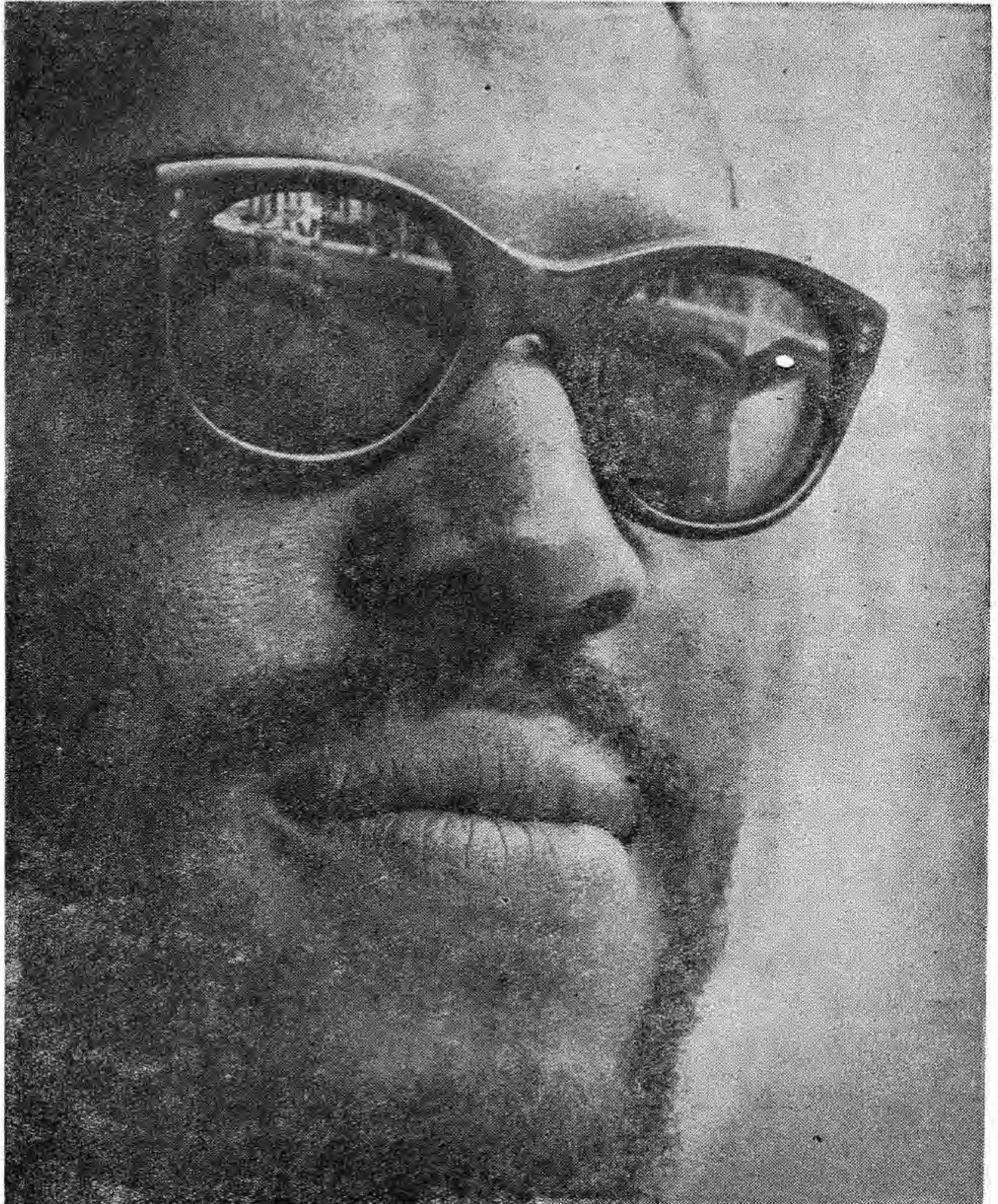






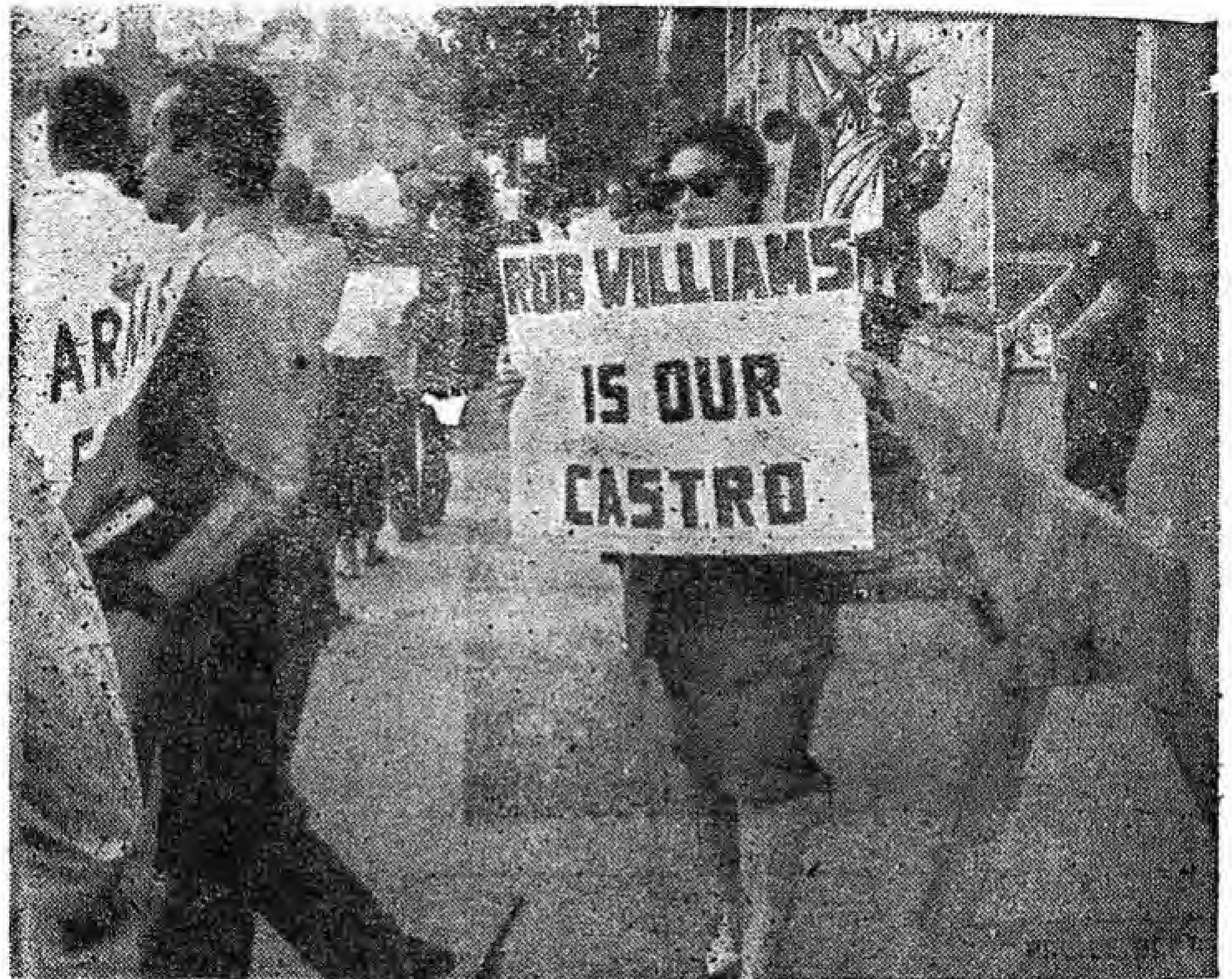




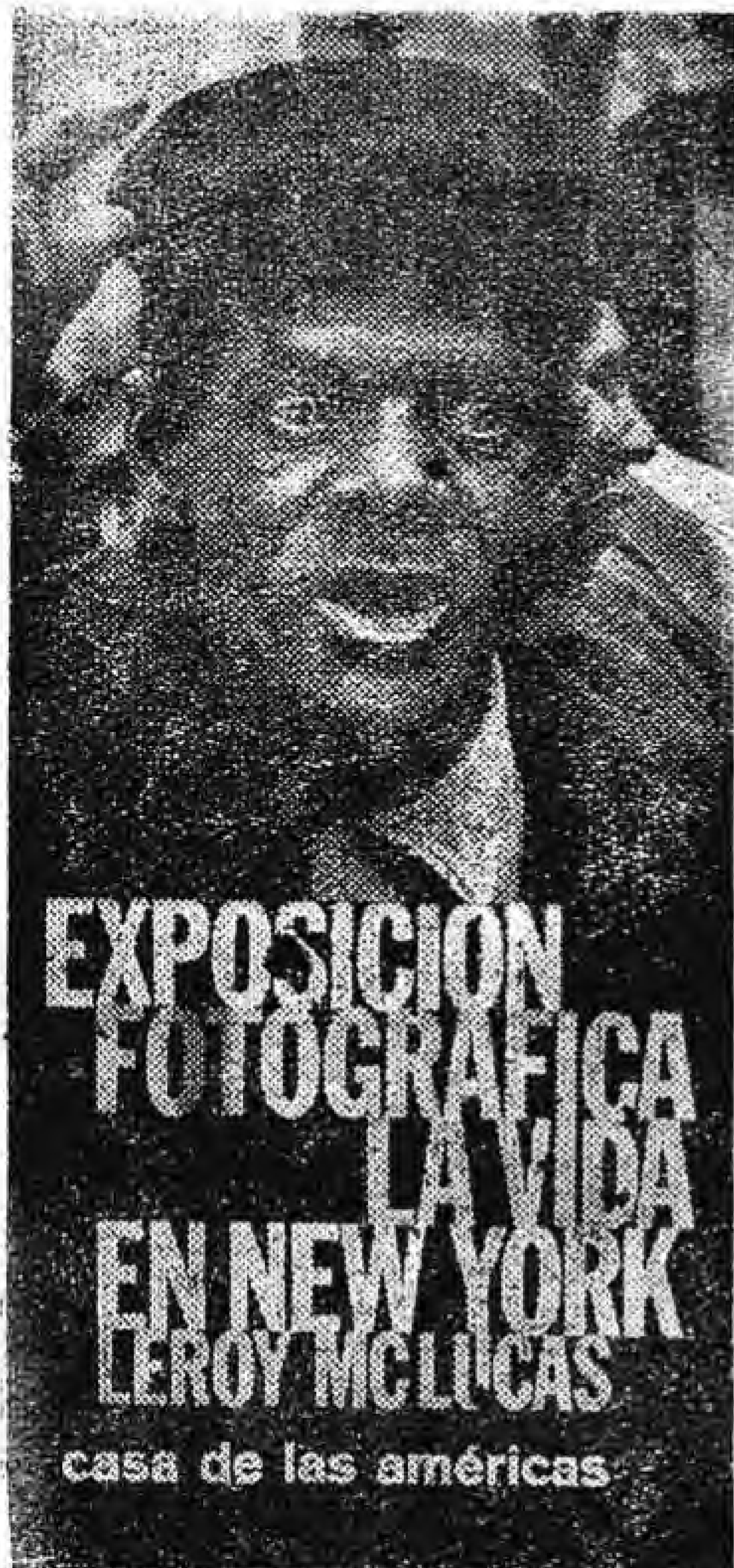




R



CUBA, SÍ, YANQUI, NO
324
324
Profesora Luz
PALMISTA
READER & ADVISOR
LE DIRA
QUE DESEA
TODO LO
SABER


EXPOSICION
FOTOGRAFICA
LA VIDA
EN NEW YORK
LEROY MC LUCAS
casa de las américas

